

HISPANIA

REVISTA

MENSUAL



LETRAS — ARTES — CIENCIAS



AÑO I

JULIO
1922

NUM. 3

CÁCERES

TIPOGRAFÍA DE EL NOTICIERO

ALFONSO XIII, 8

3/37

HISPANIA

REVISTA MENSUAL DE ARTES, CIENCIAS Y LETRAS

DIRECTOR: DON JOSÉ SERRANO PACHECO. EZPONDA, 2

ADMINISTRACIÓN: PARRAS, 40

==== CÁCERES ====

==== PRECIOS DE SUSCRIPCION ====

	En Cáceres	Fuera de Cáceres
	<u>Pesetas</u>	<u>Pesetas</u>
Un trimestre	5 50	4 00
Un semestre	7 00	8 00
Un año	14 00	16 00

Número suelto, 1'50 pesetas.

Número atrasado, 2 pesetas.

Para anuncios, pídanse tarifas al Administrador

==== SUMARIO ====

EL SOCIALISMO CATOLICO.	JOSÉ BARBERÁ FALCÓ.
PRIMAVERA NO DIJO QUE ME DABA TU ALMA	DOMINGO MARTÍN JAVATO.
PROBLEMAS JUDICIALES	J. SERRANO PACHECO.
DE LO QUE DEBEDES FAZER PARA CONSERVAR LA JUVENTUD Y DE OTROS AVISOS E CONSEJERIAS	ISIDRO DE LAS CAGIGAS.
LAS NOVELAS DE PEREZ DE AYALA	FRANCISCO VALDÉS.
IMPRESIONES DE UN VIAJE A YUSTE	A. RODRÍGUEZ MATA.
MARQUESADO DE TORRES-CABRERA	ANTONIO DEL SOLAR.
DESDE LA CLIMBRE	MANUEL REVILLA CASTÁN.
LIBROS Y REVISTAS	H. RUIZ, J. SERRANO Y R. S. DE LA G.
CRONICA GENERAL	J. DE H.
GRABADO: El Adarve y el Arco de la Estrella. Cáceres.	

LA CAMERANA

FÁBRICA DE PASTAS ALIMENTICIAS PARA SOPAS. HIELO ARTIFICIAL
BEBIDAS GASEOSAS Y JARABES PARA REFRESCOS

García de Vinuesa y Soriano

Fábrica y despacho: Atarazanas, 6 y 8. Teléfono 14. Telegramas y Telefonemas: VINUESA

==== MÉRIDA ====

Gran premio en la Exposición Internacional de Génova de 1915

SALÓN VERDAGUER

INSTALADO EN LA PLAZA DE SAN JUAN

TELÉFONO 566

El espectáculo más atrayente de
Cáceres

TODOS LOS DIAS GRANDES FUNCIONES DE CINE Y VARIETÉS

SASTRERÍA

DE

TOMÁS PEREZ

Se acaban de recibir grandes novedades para la próxima temporada de verano.

Ezponda 1.—CÁCERES

JAVIER FOTÓGRAFO

AMPLIACIONES

A PLAZOS

Calle Alfonso XIII, núm. 12

CÁCERES

Cobro de créditos.

Informes comerciales.

Mauricio Quirós y Ceresoles

PROCURADOR

CÁCERES

HITO DE ANTONIO RUBIO

ALFONSO XIII, NÚM. 28

CÁCERES

Almacén de Muebles. Material eléctrico. Instalador matriculado. Persianas de esterilla. Lámparas Osram de cinco bujías en adelante.

JAIME ZARAGOZA

Gran Almacén de pescados frescos y escabeches

FRUTAS Y HORTALIZAS

San Juan, 29. - CÁCERES

MAQUINARIA AGRICOLA

Félix Schalyer

Sucesor de ALBERTO AHLES Y C.^a

General Ezponda, núm. 5 — Teléfonos núms. 211 y 369

==== CÁCERES ====

Ignacio Gil Hoyos

PAÑOS Y NOVEDADES

SASTRERIA Y ROPA HECHA

Alfonso XIII, 12 y 14

CACERES

CERVECERIA

EL AGUILA

LUIS CASTAÑO

La mejor cerveza en bock.
Vermouth y vinos de las mejores marcas.

Moret, núm. 7 CACERES Teléfono 197

La Casa Correa

invita al público a que pase a contemplar el hermoso surtido en géneros para la temporada, que acaba de recibir y que son exclusivos de este acreditadísimo establecimiento.

Alfonso XIII, 1 CACERES Teléfono 228

¿Quiere V. Camisas, Corbatas, Cuellos, Puños, Tirantes, Ligas, Paraguas, Sombrillas, Abanicos, Bastones, Maletas, Sacos de viaje, Colonias, Jabones, Esencias y otros mil artículos del Reino y Extranjeros? Acuda a la casa más antigua, acreditada y mejor surtida, que es

C. Mendieta

ALFONSO XIII, 1.—TELEFONO 189

y se convencerá que es la que vende más barato y tiene más novedades. Precio fijo.

¡Novedades!

EN TEJIDOS DE SEDA Y ALGODON

ESPECIALIDAD EN
GENEROS BLANCOS

ANGEL MARCHENA

Plaza Mayor, 49.—Teléfono 120

CACERES

GRAN TALLER

DE

GUARNICIONERIA
Y TALABARTERIA

José Luceño Sánchez

Moret, 5.—CACERES

ELPIDIO SOLIS BORRELLA

PROCURADOR DE LOS TRIBUNALES
Y AGENTE DE NEGOCIOS

GENERAL EZPONDA, 5 = TELÉFONOS 211 Y 369

CÁCERES

Gran Bazar EL PRECIO FIJO Eulogio Blasco

Juguetes, Perfumería, Loza, Cristal y
Aparatos y material eléctrico.

Artículos de piel, Abanicos, Bastones e
infinidad de objetos de fantasía.

Objetos artísticos para regalos e Imá-
genes religiosas.

Aparatos y material fotográfico KODAK

APARATOS Y DISCOS MARCA

GRAMÓFONO

La Sombrerería

DE

TOMAS PEREZ

Tiene ya los últimos mode-
los de sombreros de paja y
fieltro para la temporada pró-
xima.

RELOJERÍA MADRILEÑA

DE

FERNANDO CEZÓN

SAN JUAN, 20.-CÁCERES



Inmenso surtido en reguladores moder-
nos de pared y de cuadro de todas cla-
ses; despertadores de mil caprichos a
precios de fábrica.

Relojes rectangulares y de diferentes
formas, en oro, plata y oro chapado.

Relojes de bolsillo de todas las marcas
acreditadas.

Sé remiten catálogos a quien los pida.

ESTA CASA ES LA MEJOR SURTIDA
Y LA QUE MAS BARATO VENDE

PLAZA DE SAN JUAN, 20.-CÁCERES

ANA MARIA

FABRICA DE JABONES DE TODAS CLASES

VALIENTE y SILVA

GENERAL MARGALLO, NUMERO 14.—CACERES

Jabón Pinta Verde 1.^a: 1 peseta kilo.—Jabón Blanco Pinta Azul: 1'10
pesetas kilo.—Jabones Lisos: 0'80 pesetas kilo.

FARMACIA
DE
CARLOS ACEDO IGLESIAS

SUEROS Y VACUNAS, ESPECIALIDADES FARMACÉUTICAS
PRODUCTOS OPOTERÁPICOS

Obtención del HIPOCAREL (Líquido Dakin) con aparato ARNALOT
ALFONSO XIII, 31 — TELÉFONO 198

CÁCERES

LA URBANA

COMPañÍA DE SEGUROS DE INCENDIOS

SUBDIRECTOR EN LA PROVINCIA

Don Elpidio Solís Borrella

GENERAL EZPONDA, 5 — TELÉFONOS 211 Y 369

CÁCERES

MONTALBAN

CASA FUNDADA EN 1851

Café Santa Catalina

TOSTADO DIARIAMENTE

Venta de todos los artículos
para cafés y cervecerías

PLAZA MAYOR, 31

GENERAL EZPONDA, 2

CÁCERES

TELÉFONO 333

HISPANIA

REVISTA MENSUAL



LETRAS — ARTES — CIENCIAS

VOL. I

CÁCERES, 1 DE JULIO DE 1922

Núm. 5

BIBLIOTECA PÚBLICA	
CÁCERES	
N.º
N.º
C.º

El socialismo católico

En mi pobre juicio no existe. «Mi reino no es de este mundo, mi reino no es de acá», dijo Jesús a Pilatos. En su contestación a la insidiosa pregunta de los fariseos, trazó la línea divisoria entre su reino y el del mundo: «Pagad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Y en otro pasaje del mismo Evangelio: «No estéis avergonzados cuando buscáis de comer o de beber; las gentes del mundo son las que van afanadas tras de estas cosas. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se os dará por añadidura».

Jesucristo no vino, pues, a implantar ni a corregir ningún sistema económico, aunque su doctrina implique un régimen completo de la vida; no dictó regla alguna respecto a la producción y distribución de la riqueza.

La doctrina de Cristo es esencialmente individualista; se dirige a la perfección del individuo. Tan es así, que en el Evangelio no encuentro otra indicación de asociación que aquella que se lee en los versículos 19 y 20 del Capítulo XVIII del Evangelio de San Mateo: «Si dos de vosotros se uniesen entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, le será otorgado por mi Padre, que está en los Cielos, porque donde dos o tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos».

Monseñor Frepel, el celoso defensor de los trabajadores, en el Congreso de Angers, combatiendo la doctrina del cardenal Manning, se

pronunció abiertamente contra todo socialismo, ya se llame democrático, ya del Estado, ya el denominado a la sazón socialismo cristiano.

El titulado socialismo católico, no es otra cosa que una especialización del socialismo de cátedra, aplicando, a las veces con escaso acierto, la doctrina cristiana.

Se ha citado repetidamente la comunidad de bienes entre los primeros cristianos, que dió lugar a la institución del diaconado como gérmen de la doctrina social cristiana, y es una equivocación. Aquella comunidad, aquella comunicación de bienes, según cuenta San Lucas en su libro «Los hechos de los Apóstoles», era debida a la fervorosa compenetración de la doctrina de Cristo entre los primeros fieles, que según la frase del Evangelista, tenían un mismo corazón y una misma alma, no considerando ninguno como suyo lo que poseía, y era puramente voluntario.

El castigo que sufrieron los esposos Ananías y Safira, no fué debido a que no entregaran el precio del campo vendido, sino a la mentira de su ofrecimiento a los Apóstoles, ocultando la parte del precio mentidamente retenido. De aquí que les dijera San Pedro: «¿Quién te quitaba conservar el campo? Y aunque lo hubieses vendido, ¿no estaba su precio a tu disposición?»

No hay que ver en la conducta de aquellos primeros cristianos el gérmen del socialismo titulado católico. Ni cabe tampoco invocar, en su apoyo, la doctrina de los Santos Padres de la Iglesia.

Cierto que en los seis primeros siglos, algunos, como San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, San Gregorio el Grande, San Jerónimo y otros, conmovidos piadosamente ante el triste espectáculo que ofrecía a su vista la inícuca desigualdad de aquellos tiempos, tronaron contra los ricos, a quienes calificaron de verdaderos ladrones de los bienes, que eran comunes por derecho natural; y de homicidas, porque no dando a los pobres lo que era suyo, los mataban. Estas censuras de los Santos Padres citados, y de otros, partían de la noción de una sociedad, que según ellos, debía imitar la vida de los Apóstoles y de sus inmediatos discípulos, fiel derivación de los admirables principios de intensa fraternidad, predicada por Jesucristo.

Buena prueba de la exactitud de esta apreciación se encuentra en el mismo San Jerónimo, que refiriéndose al sagrado texto, en el que Jesucristo dijo «que era más fácil que un camello pasara por el agujero de una aguja, que un rico entrase en el reino de los cielos», dice: «Que Dios solo quiso inculcar la suma dificultad de usar bien de las riquezas»;

y San Ambrosio, «que la autoridad del sagrado texto no condena a los que tienen riquezas, sino a los que no usan bien de ellas».

El Crisóstomo escribía: «Las riquezas son buenas cuando se dedican a su objeto, invirtiéndose en obras de misericordia, que son obras de justicia; y son malas cuando no se distribuyen a los pobres con profusión».

Se atribuye a San Clemente romano el texto del decreto de Graciano consignado en las Decretales, según el que «todas las cosas que hay en el mundo debieran ser de uso común entre todos los hombres»; pero aparte de la disputada originalidad de dicho texto, es de notar que en la D. 8, cap. I, Graciano expone: «Que por derecho divino todas las cosas son comunes a todos, pero por el derecho constituido, esto es mío y aquéllo de otro.»

Anduvieron los tiempos, y el Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, en su *Summa Theologica* (Cuestión CXVI) explica «como no son incompatibles la propiedad privada con las enseñanzas de los Santos Padres» y la misma Iglesia hubo de lanzar sus anatemas contra los disidentes, que predicaban la incompatibilidad de la propiedad privada con la doctrina del Evangelio.

A partir de esta rectificación en las teorías sobre la comunidad de bienes, se produjo cierto quietismo respetuoso con las enseñanzas del Ángel de las Escuelas, hasta que, asomando a la superficie el socialismo, coincidente con la pérdida de la fe religiosa, con el industrialismo avasallador de los nuevos elementos a que dió lugar la sustitución por la máquina de la fuerza del hombre, no pudo acallarse el sentimiento de indignación, producido ante el contraste inhumano que ofrecía la improvisada riqueza de los menos, frente a la miseria de los más; y voces autorizadísimas de fervorosos católicos se levantaron para condenar tan inicua desigualdad y proclamar teorías que no desdeñaron aceptar algunos radicales, militantes en el socialismo.

El cardenal Manning, arzobispo de Westminster, el obispo de Nottingham Bagshawe, en Inglaterra; Meyer, Losewitz, el arzobispo de Maguncia, Ketteller, el cardenal arzobispo de Friburgo, Dollinger, Moufang, el abate Hitze, y tantos otros en Alemania; Maxen, el príncipe Lichtenstein y Vogelsang, en Austria; Donteloux, el conde de Mun, Perin, Le Play, Jannet, Frepel, en Francia; los Padres Cursi, Liberatore y el cardenal Capececiaturo en Italia; Decurtins en Suiza; el cardenal Gibbons en los Estados Unidos; monseñor Smitg, arzobispo de Toronto en el Canadá, y más tarde, nuestro amigo el padre Vicen, el cardenal Guisasola y el

respetable grupo de la Democracia Cristiana, con sus prestigiosos adeptos entre nosotros, todos ellos sintiendo en su corazón el triste vivir del obrero en determinados casos, aceptando algunos gran parte de las teorías de Lassalle, Ketteller entre ellos, han pretendido, aunque con notables diferencias de criterio entre sí, la intervención del Estado, la implantación del régimen corporativo, con la creación de asociaciones diversas, el establecimiento de impuestos y otros arbitrios para mejorar la condición de los obreros y levantar su nivel intelectual y moral, independientemente de la caridad, que, según uno de ellos, el abate Hitzte, no es sino un paliativo que no puede curar los males sociales; los que no tienen otro remedio que el auxilio personal organizado.

Sería tarea inacabable relacionar y hacer la crítica de las diversísimas soluciones escogitadas por tan fervorosos y eminentes católicos, cuyos corazones se han exhalado en sentidas lamentaciones y cuyos cerebros se han desgastado en busca de soluciones para la llamada cuestión social. No conduciría tampoco a mi propósito, enderezado a demostrar que no existe el socialismo católico.

Cuanto han escrito los presbíteros, obispos y cardenales de la Iglesia Católica, interesándose en favor de los pobres y proponiendo los remedios en su recto sentir conducentes al alivio o curación de las lacras sociales, ni constituye un sistema, ni tienen otra autoridad que la que puedan merecer sus respetables nombres.

Son de notar además entre las doctrinas de los llamados socialistas católicos, diferencias fundamentales, pues mientras uno de los grupos más numerosos, secuaces del arzobispo de Maguncia, Ketteller, aceptan y aún empujan a la socialización del trabajo, Hitzte, de Mun, el príncipe Lichtenstein, lo consideran como una función que emana del Estado, y otros como el Padre Craudón, monseñor Frepel, y muchos más, son contrarios a la tutela estatista, que constituye a la sociedad, según su frase, en un enfermo dirigido por los audaces.

No existe, pues, entre los católicos un credo económico social. Andaron y siguen andando divididos, inspirándose unos exclusivamente en los consejos de Cristo, sin preocuparse del influjo social de las leyes económicas llamadas a regir las desigualdades forzosamente derivadas de las distintas condiciones físicas y espirituales de los hombres, y atendiendo otros a las enseñanzas del Crucificado, en relación con las imposiciones ineludibles de aquellas leyes.

Muestra de lo primero encontramos en Charles Périn, que en su obra *Economie politique*, editada después de la publicación de la Enci-

clica *Rerum Novarum*, escribía: «L'Eglise, voila notre guide, notre vrai guide, pour le question sociale; suivons—la, et ne suivons—q'elle».

De lo segundo, Frepel, declarándose, como antes indiqué, absolutamente contrario a toda suerte de socialismo, ni del Estado, ni de la Iglesia, que temía tanto al uno como al otro; y no encontraba otra solución que la libertad con la asociación voluntaria.

Según Jannet, de la escuela de Le Play, el socialismo cristiano es un equívoco, por cuanto el socialismo es la fórmula del anti-cristianismo.

En la Pastoral que el cardenal arzobispo de Perusa, más tarde León XIII, dirigió a sus diocesanos en 1877, no se nota sino la justa indignación que en su ánimo produjeran las doctrinas de los economistas, que reducían a los trabajadores a la más triste situación, no quedándoles otro recurso que el de la caridad católica. Lamentaba que los gobiernos y los Parlamentos no produjeron leyes que pusieran freno a las enormidades a que daba lugar aquel estado de la industria.

Un año más tarde, el cardenal arzobispo de Perusa ocupaba la Silla de San Pedro, y en su Encíclica *Quod Apostolici muneris ratio*, recordando las alocuciones y Encíclicas de sus antecesores en el Solio Pontificio, Clemente XII, Pío VII, León XII y su glorioso antecesor Pío IX contra el socialismo, lo califica de peste, y a su propaganda de nefasta.

Contra las doctrinas socialistas, que proclaman que la propiedad es de invención humana, que los hombres son iguales por naturaleza, y predicán la comunidad de bienes en provecho de los pobres, decía que la Iglesia considera como mejor y más útil, atendida la desigualdad entre los hombres, corporal e intelectualmente diversos, las diferencias procedentes de aquella desigualdad, y respecto a la posesión de bienes y al derecho de propiedad, sustenta que es de origen natural, inviolable. Concluye exhortando a los obispos que inculquen el amor, la obediencia a los príncipes y a las leyes, la templanza y el orden, y fomenten las sociedades de oficios que, bajo la tutela de la Religión constituidas, faciliten el contento y la tranquilidad entre los socios.

De estas ligeras referencias resulta que el Supremo Gerarca de la Iglesia Católica se pronunció enérgicamente contra el socialismo, cuya defensa o propaganda calificó de nefasta.

Once años después, el cardenal arzobispo de Reims, presidente de la primera peregrinación de obreros franceses a Roma, en el acto de ser recibido por el Sumo Pontífice, le dirigió una tierna alocución, en la que pintaba con vivos colores la tristísima situación del obrero y las causas que la motivaban. Elevó respetuosamente su voz y sus brazos al Santo

Padre, y repitiendo el grito suplicante de los Apóstoles a su Divino Maestro *Domine salva nos, perimur*, suplicó tomase en sus manos, no solo los intereses de las naciones, si que, más aún, los de los obreros, víctimas las más numerosas de la violación del derecho.

A tan tierna y afectuosísima alocución, que conmovió el corazón del gran Pontífice, hubo de contestar éste recordando a los obreros presentes las ventajas que habían reportado las doctrinas de Cristo, que había nacido pobre y había crecido obrero; que el rico, según Tertuliano, es el tesorero del pobre en la tierra; las formidables amenazas lanzadas por Jesús contra los ricos que cierran su corazón al infortunado y a la pobreza; afirmó que el auxilio del rico no era bastante, y llegando a la fórmula del remedio, les dijo: «Lo que Nos pedimos es que por un retorno sincero a los principios cristianos, se restablezca y consolide entre patronos y obreros, entre el capital y el trabajo, esa armonía y esa unión que son la única salvaguardia de sus intereses recíprocos y de la que depende a la vez, el bienestar privado, la paz y la tranquilidad pública».

Bien claro expuso el Pontífice el único remedio que de él demandaban, con tan expresivo y tierno acento los obreros franceses: «la vuelta a los principios cristianos»; «la unión entre patronos y obreros, entre el capital y el trabajo».

«No está el remedio, decía después, ni en los proyectos de los agitadores, ni en las teorías redentoras, pero erróneas de los otros; está por completo en el fiel cumplimiento de los deberes que incumben a todas las clases sociales». Y terminaba diciendo a los obreros: «Volved a vuestras casas y probad con vuestra conducta que donde la asociación y los principios religiosos son honrados, reina a la par el amor fraterno, la paz, la disciplina, la sobriedad, el espíritu de previsión y la economía doméstica».

En 15 de Mayo de 1891, veía la luz pública la célebre Encíclica sobre la condición de los obreros, conocida con el nombre de *Rerum Novarum*, tan manoseada, y a las veces inoportuna y contraproducentemente invocada; su lectura convence de que el Pontífice no estableció en ella una fórmula, un credo económico, que justifique la denominación de socialismo católico.

El clamor contra la injusta opresión del capitalismo, que no alcanza solo al obrero, que tiene aherrrojada entre sus férreas garras a la mayor parte de la humanidad; la apelación a los preceptos religiosos y a los paliativos más o menos eficaces de la previsión; la asociación, sin determinar sus organismos y funciones y sin especificación de sus formas y

constitución, no forman un Código, un programa siquiera, en el que pueda ampararse ninguna de las partes contendientes, para argüir con la autoridad Pontificia. La Religión, dice el Santo Padre, en el resumen de su memorable obra, es la única que puede arrancar de raíz el mal.

Con inspiradas frases lo ha dicho el ilustre Minguijón: «Hay una economía inspirada en principios católicos, pero no hay un sistema concreto y preciso de doctrinas católicas sobre economía».

JOSÉ BARBERÁ FALCÓ.



Primavera no dijo que me daba tu alma...

Al fin me abandonaste, mujer de mis amores,
imagen adorada de sueños fantasmales...
¡Ya tus manos no cuidan los floridos rosales
del jardín de mi alma, que en sus brotes mejores,
nos brindaba las rosas de mis versos triunfales!...

Huiste y me quedaste tan solo acompañado
de una lira inservible con las cuerdas partidas.
Y caminé con ella por sendas doloridas
como un trovero iluso, que a su arco tronchado
contara los delirios de las penas sufridas...

Y al volver un recodo del eterno camino,
me encontré a Primavera con un ramo de flores,
y me dijo:—Trovero, tú que rimas amores
¿porqué arrastras tu lira? ¿Qué te hizo el Destino
para que ya no cantes como los ruiseñores?

—Me abandonó mi musa;--contesté a Primavera--
Tengo rota la lira. Y el jardín de mis versos
fué una noche asaltado por los hados perversos,
con loca algarabía, y en su loca quimera
han dejado sin rosas los rosales dispersos...

—No llores, trovador de los versos de oro. --
Respondió Primavera, con su voz melodiosa.—
Yo te daré una lira gentil y primorosa...

Vuelve a pulsar tu estro, de armonías tesoro;
y entona ya el preludio de una canción grandiosa...

No llores el desvío de la mujer ingrata...
Yo saciaré la sed de tu infinito amor.
Y en medio de tu vida, transida de dolor,
yo haré que hasta su lecho llegue la serenata
que tú irás a cantarle, cual gentil trovador...

Te daré la fragancia de sus carnes crueles
si aspiras el perfume de una rosa incitante;
en los pétalos rojos de los rojos claveles
te daré el colorido de su boca sangrante.

De sus manos de raso las caricias más quedas
sentirás en las noches perfumadas de abril;
y has de gustar el roce de sus labios de seda
si te besa la brisa con su aliento sutil...

El fulgor de sus ojos te darán las estrellas;
y fingirán la música de su voz argentina
las aves entonando sus canciones más bellas
y el surtidor zurciendo su eterna sonatina...—

Primavera esto dijo, y desapareció,
quedándome sumido en mil cavilaciones.
Yo recogí la lira que ella me brindó
y seguí mi camino sin fé y sin ilusiones...

* * *

La gentil Primavera me ofreció sus primores.
Y a pesar de entregarme sus encantos de diosa,

yo no puedo olvidarte, mujer de mis amores,
yo no puedo olvidarte, virgencita mimosa.

¿Para qué han de servirme los trinos de las aves,
los cantos armoniosos del genial ruiseñor?...

¿Para qué han de servirme los perfumes suaves,
penetrantes y dulces de la más linda flor?...

¿Qué haría yo con la brisa y los rojos claveles?...
Acaso me inspirasen una pobre canción...

¿Pero y mis pensamientos, que eran bravos corceles
y solo obedecían a tu infiel corazón?...

Primavera no dijo que me daba tu alma.
Primavera tan solo me ofreció sus primores:
el manto azul del cielo en las noches de calma,
sus pájaros, sus fuentes, sus trinos, sus colores...

¿Y únicamente esto podrá cantar la lira
que ella puso en mis manos, temblando de emoción?
¡Pues prefiero la mía, tronchada y dolorida,
que muchas veces hizo brincar tu corazón!...

DOMINGO MARTÍN JAVATO.



Problemas judiciales

I

Ya se acepte la tradicional división de los Poderes del Estado, que desde Montesquieu ha venido conservada y defendida por los tratadistas de derecho, ya se considere la más moderna clasificación de las funciones del Poder único, es indudable que la llamada judicial es función para el derecho y una de las que el Estado ha de ejercer para cumplir su cometido en relación con el régimen jurídico, función compleja, comprensiva de la de definir las controversias acerca del cumplimiento o de la inteligencia del derecho y de la ejecución de lo resuelto o definido. Pero llega a más la función judicial, porque no basta en ocasiones aplicar el precepto legal o interpretarlo, sino que es función de formación del derecho.

El Poder judicial ha de solucionar todos los casos a su juicio sometidos, y de aquí que el Código Penal castigue como delito el negarse a juzgar, so pretexto de obscuridad, insuficiencia o silencio de la ley. Y nadie ignora que, apartándose de las escuelas históricas y del derecho natural, para las que el derecho existe totalmente en la conciencia jurídica del pueblo o en la ley como única revelación de aquel derecho natural, y para las que el juez basa siempre su decisión en el derecho preconstituído, sin formarle por sí, se halla la escuela del derecho libre, cuya doctrina se enlaza con el criterio a que responden las sentencias del buen juez Magnaud y con el movimiento alemán de interpretación y aplicación conforme a equidad de los preceptos legalmente formulados.

Esta escuela, conforme advierte Dorado Montero en su libro *El Derecho y sus sacerdotes*, «pretende devolver al derecho aquella libertad de formación y de adaptación continua que el mismo tuvo en los buenos tiempos de Roma», «proclama el libre examen en la interpretación del texto legislativo» y «proclama el principio de que cuando las fuentes jurídicas no tengan regla aplicable al caso controvertido, el juez habrá de decidir según la norma que él mismo dictaría si fuera legislador».

Todo ello dá a la función judicial mayor prestigio y mayor dificultad cada día y más importancia a los problemas que la afectan. Algunos de ellos he de tratar en estas páginas, sin ánimo de teorizar y sin aires de

magister, sino como exposición de criterio personal, formado por años de estudio y de observación detenida de cuanto a esos problemas se refiere.

Si la función de administrar justicia ha de merecer la confianza y el respeto que son necesarios para el cumplimiento de su misión, es preciso dotar a los encargados de administrarla de las mayores garantías de competencia, independencia y responsabilidad.

La suficiencia puramente teórica o académica queda acreditada en la oposición, único sistema de ingreso en la carrera judicial que, con todos sus inconvenientes, supone selección técnica y no caprichosa o impuesta por relaciones de amistad o parentesco, pero no basta esa prueba para acreditar la capacidad del futuro juzgador, si a ella no se acompaña una práctica adquirida en los propios Tribunales en que ha de actuar, bajo la dirección de quienes después han de ser sus superiores jerárquicos. Por ello, quienes pretenden cerrar el paso a los secretarios judiciales en todas sus categorías, para el ingreso en la carrera judicial, obran a impulsos de móviles de egoísmo personal, pero no pueden alegar razones de conveniencia pública. Quienes a una preparación técnica, acreditada en el rigor de una oposición, unen cierto número de años de labor profesional en el Secretariado, verdadero motor de la vida judicial, están en mejores condiciones para ejercer la misión del juzgador que quienes solo han demostrado su preparación teórica, y de las aulas universitarias pasan al Juzgado de partido.

Si el ideal sería el establecimiento del Secretariado judicial como preparación obligada para los futuros jueces, preciso será, a lo menos, la exigencia legal de unos años de práctica, en ningún caso dispensables, bajo la inspección y responsabilidad de los presidentes de las Audiencias, para ingresar en la Judicatura.

Como medio de mantener en todo tiempo esa competencia acreditada en el ingreso, obligando a jueces y magistrados al estudio constante, se ha propuesto la declaración de mérito para el juez por el número de sentencias confirmadas por los Tribunales superiores y la exigencia de responsabilidad cuando también en cierto número les fuesen revocadas. Pero si ciertamente es honroso para un juez decir con verdad que no dictó resolución que fuera revocada, también es cierto, que cuando el juez no tuvo esa suerte, no ha de padecer su buen nombre ni, mucho menos, ha de incurrir en responsabilidad porque, en un caso o en varios, después de la apelación resulte que su sentencia no quedó firme, que la verdad legal no la dijo él. Si esto se admitiera, admitiríamos una

gran desigualdad, contraria a la justicia, para la responsabilidad de los jueces, porque dependerían la fortuna de unos y la desgracia de otros, de dar con litigantes dóciles en extremo o en extremo testarudos, o con pleitos sencillos o dificultosos.

La especialización por materias, dentro de la carrera; la necesidad de una nueva prueba de competencia (presentación y discusión de una memoria, por ejemplo) para ascender a ciertas categorías, y la reunión periódica de Asambleas o Congresos judiciales, para el estudio y discusión de temas científicos, podrían solucionar en parte el magno problema de la competencia profesional.

La independencia judicial, reconocida teóricamente como indispensable, por todos los tratadistas, y aun por todos los legisladores, tiene en el Poder ejecutivo su mayor enemigo y su mayor peligro. «Cada juez y cada magistrado, dice un autor (1), es perfectamente conocido en el Ministerio, perfectamente al menos con relación al retrato que unos cuantos personajes—senadores y diputados—han ido haciendo a fuerza de perfiles que trazan con motivo de unas elecciones, de un proceso célebre o de un pleito interesante. El juez moral, que resulta en la mayoría de los casos nada simpático al diputado, ya se podrá suponer hasta qué punto saldrá favorecido en el retrato que para uso del ministro, ha dispuesto el celoso padre de la Patria». Y mientras el ministro tenga de jueces y magistrados las noticias que diputados y senadores le proporcionen, y mientras el representante del Poder ejecutivo tenga en su mano nombrar y trasladar presidentes y fiscales, que es decir la Magistratura toda, no puede hablarse en la práctica de independencia de los funcionarios judiciales. Presidentes y fiscales, que están bajo la inmediata dependencia del ministro, y presidentes de Sala, que aspiran a estarlo en aquellos cargos, forman las Salas de Gobierno, y éstas nombran jueces y fiscales municipales, resuelven expedientes, imponen correcciones, y aún, basadas en no sé qué precepto legal, encomiendan a jueces determinados la misión de trasladarse a otro Partido para ejercer la jurisdicción que al juez propio se arrebató.

Todo cuanto el legislador ha dispuesto para asegurar la independencia judicial, ha sido la existencia de las incompatibilidades, para que el funcionario permanezca aislado de su familia y separado de la tierra en que nació. ¿Qué concepto podrán merecer jueces y magistrados a quienes se cree capaces de vulnerar la ley por tener un pariente emplea-

(1) Aguilar.—«Influencia del Poder judicial».

do en una oficina pública aun cuando sea con el destino más modesto? No hay, por otra parte, fundamento racional para que se imponga a los funcionarios judiciales como garantía de su independencia, el que sean en absoluto ajenos al país donde ejerzan sus funciones, y menos existiendo, como existe, un Tribunal del Jurado que debe estar constituido precisamente con personas vecinas del mismo partido y que goza de anómala impunidad por sus resoluciones, porque al fin, jueces y magistrados tienen un nombre y un prestigio que guardar, mientras el Jurado puede decirse que actúa en el anónimo.

Las incompatibilidades que la legislación vigente establece no tienen razón de existir; que para mantener en los Tribunales la recta aplicación de la ley, basta a aquellos la conciencia de su deber y de la alteza de su misión y a la Sociedad una responsabilidad judicial sabiamente establecida y rigurosamente exigida.

Hoy por hoy, no podemos por menos de reconocer que en cuanto a preparación científica e independencia, el Juzgado de partido ha ofrecido en la práctica el mejor de los resultados, pues si bien es cierto que por el principio de que es más difícil el error en varias que en una sola persona, sobre el Tribunal único ha prevalecido el criterio del Tribunal colegiado, podríamos decir que en la práctica casi nunca existe en rigor el Tribunal colegiado, toda vez que es la opinión del ponente la que prevalece en la mayoría de los casos y aun a veces la única opinión que existe, todo ello dejando a un lado otra razón que a nadie se oculta y es que lo mismo en la Sala del Tribunal que en la Junta directiva de cualquier entidad o Corporación, se impone siempre el más culto, el más inteligente o el más hábil, resultando de aquí que las gentes, sobre todo los profesionales, cuiden de averiguar en todo caso cual es el más influyente, quién es aquél cuya opinión pesa más en la Sala, a fin de procurar que su criterio les sea favorable. Surge aquí el juez único, pero sin el peso de una responsabilidad, que aparece diluida entre todos los que componen el Tribunal.

Quede para otro artículo el problema de la responsabilidad judicial, que ya apuntaba don Gaspar Melchor de Jovellanos, en su discurso de ingreso en la Academia de la Historia, al decir: «El magistrado no debe ver delante de sí más que las leyes que debe ejecutar, el riesgo inmenso de ejecutarlas mal, y la necesidad de penetrar en su espíritu para conocerlas bien».

Un capítulo del "Libro de los afeites de la morisca Maryem,"

De lo que debedes fazer para conservar la juventud y de otros avisos e consejerías

Dice Maryem.—Si queredes, pimpollitos de gentileza, conservar la lozanía de vuestras juventudes garridas para honra e servicio de vuestros amartelados donceles, guardad bien y poned en la cela de vuestra memoria estos consejillos de la morisca Maryem; que si sodes acuciosas de saber lindezas, saberlas habeis; y si queredes ser las más remiradas de garzones yo os diré cosillas sabrosas que pondrán sus corazones soñiles como de vidrio; y si me demandais que se les rompan, rompérseles han; que no hay cosica, hijas mías, como la buena juventud.

Y pues vosotras las habeis bien honradas y graciosas, y las deseais guardar para señuelo de vuestros amores, haceos tranquilas y asosegadas; que el reposo de los cuerpos os trae la paz de la mano y os fiene entretenidas en un rincón, como hacen las damas allá en Granada.—Que en ella no es como aquí, en las Castillas, donde todo es en las mujeres el vaguear por las calles, y el hacerse visitadoras, y el aquí me entro por saber qué pasa, y el allí voy por hacer burlas de la tal vecina; qué con tales andanzas y meneos, y el correr, y el subir, y el bajar, todo el día es risa y fiesta y bullicio; mas presto es la vejez y el cansancio; y la cara pierde lozanía y los ojos sus lumbrecillas y todo el hermoso armazón se viene a abajo.

Le dicen.—¿Y vamos a hacer vida de encierro a la morisca?

Dice Maryem.—¡Ay que sí, hijicas!—Buena vida arrugas tira, como dicen en esta tierra las judías.

Le dicen.—Sería ofender a Dios el catar sus mañas y costumbres, como en espejo, para nuestras vidas.

Dice Maryem a la que habla.—Y dime tú, la más resalada de este manojilo, ¿no te hizo tu Dios las fuerzas flacas y los miembros muelles? pues más gustará de verte asentada en un rincón que no para posta y andadera.

Le dicen todas.—Bien dice Maryem y es verdadera su palabra.

Y sigue Maryem.—Que si tu Dios te quisiese más avispada no te hiciera de natural flaco y deleznable, como cosa quebradiza y melindro-

sa que es la mujer; y no fueran las carnes blandas y con hollicos, sino duras y estiradas como de mucho poder; y no fuera tu piel tan blanca que aun la luz de la luna la empañe, cuanto más la del sol; y tus piés no fueran pequeños, sino grandes, que el buen cimiento hace a la obra de valer; y tu voz fuera gruesa, como el que ha de hablar entre bullicios y al aire, y no templada y suave como para decir recadicos de amor en las sombras y entre el secreto de las paredes.

Que la mujer es cosilla sutil de su constitución y figura, y más lozanía le dan los mimos y cuidados, que no los trabajos y haciendas, propios de un azacán; y más la embellece la vida apacible que no la desordenada y pesquisidora que anda por aquí al uso. Que el cansancio es como una llama encubierta que se enciende sin sentir por vuestros humores y vuestra juventud hasta que la consume y dé en tierra con ella. ¿Heis, pues, de faltar a vuestro Dios haciendo aquello de que gusta?

Le proponen.—¿Y no es salud del cuerpo la fresqueza del campo?

Contesta Maryem.—Sí que lo es, y probada y recomendada; que allá no hay dueña ni señora que no se precie de tener algún huerto cerrado o algún cámen en Aynadama donde pasar el alazir, que es el tiempo de las vendimias.—Más heis de saber que si el viento es áspero os encortezará el viso, y los ojos os lagrimearán y se harán tristes; y en tales días más os valdrá para vuestras juventudes una atarbea bien perfumada que no los mismísimos jardines del Hirem, cuanto más estas planas de Castilla.

Preguntan.—¿Y qué perfumes usan tus moriscas en sus sahumadas?

Dice Maryem.—Perfumes usan que fueran luego de contar y todos de sabiduría para su menester. Que si tienes miedo sahumante de almizque, que es confortativo del corazón; y si debilidad, quemar la alambar, que fortifica los miembros enflaquecidos y aviva y despierta la sesera; y si desenamoramiento, entonces las algalias, que son buenas y probadas; y si tristeza, el estoraque, que dá alegría el verlo arder.—Más como no heis necesidad de salud ni contentamiento, fuera bueno que perfumaran con alozna, que es incienso amargo, polvillios de albolol o las famosas sahumaduras sevillanas; que la buena olor asosiega los nervios y os hace reposadas.—Y mirad, hijicas, que el reposo es para la juventud como la sal que preserva de la corrupción y vejez; y que ésta no tiene mayores alcahuetes que la fatiga y el ajetreo y el mucho vaguear.—Y perdonadme, que ya me voy.—como dicen por mi tierra—entre sol y candil; y otro día seré con más espacio en esta casa.

AL MARGEN DE LOS LIBROS

Las novelas de Pérez de Ayala

Es la primera vez que pongo pluma sobre papel para hablar de Ramón Pérez de Ayala, «nombre que trasciende, como dijo Ruben Darío, a líricas vejeces, a pergaminos venerandos, a flores secas halladas en un breviario de arcipreste enamorado de las musas». A nadie sorprendería el dicho precedente si ignorase que el citado escritor es una de mis predilectas admiraciones literarias. Mas, es el caso, que no sólo de artístico fervor se trata, sí que también de reverente y humilde aprendizaje, ya en lo tocante al fondo ideológico de sus escritos, como la cantera emotiva de los mismos, y a su tramazón retórica y gramatical. De lo que yo no puedo asegurarme es que haya sido provechosa la enseñanza.

* * *

Mi biblioteca no es numerosa, pero sí selecta. Sólo tienen albergue en sus sencillas vitrinas aquellos volúmenes—la mayoría sin encuadernar—que gratamente me satisfizo su lectura, quedando en disposición de tornar a ella repetidas veces. En más de una ocasión me ha sucedido comenzar la lectura de un libro en públicas Bibliotecas y terminarlo en ejemplar propio, mercado a la salida de la, según Carlyle, mejor Universidad. Y al contrario: libro que no me colmó de interés su primera lectura, presto fué a engrosar la colección de un extraño, o a la tienda ambulante de un turroneo,—que los pagan al peso, dándose el caso inaudito de rechazar ciertos ejemplares.—La vez primera que esto ví llenóme de estupor, y exclamé para mis adentros: ¡Lo perversos que serán algunos libros que ni para envolver la almendrada y melífica confitura sirven! Pero, más tarde, he logrado averiguar que tal depreciación sólo obedecía a la inapreciada calidad del papel para tales menesteres. Y como todo desencanto, éste me hizo fruncir el ceño en disgusto y melancolía.

Para dar cabal veracidad a mi labor seleccionadora, he de confesar, no sin una pizca de rubor, que en una ocasión—encendían en calentura a la tierra los rayos del sol—hice un auto de fé, formando una crepitan-

te pira, a la que arrojé algunos volúmenes, que fueron rápidamente devorados por las lenguas de fuego. He dicho «no sin una pizca de rubor» tanto por lo de haber imitado a los inquisidores como por mi casi aquiescencia al dicho aquél, de no se qué paternidad (seguramente de algún pseudolibrero) que asegura no haber libro tan malo que no contenga algo provechoso.

No sé si se habrá percatado el paciente lector que este dilatado y farragoso proemio es para venir a declarar que los libros de Ramón Pérez de Ayala se aposentán en mi reducida cámara de trabajo, y, por ende, la estimación y culto que les guardo. Ellos y los de «Azorín» y los de France, barrunto que han sido los que mejor influencia ejercieron en la formación de mi sensibilidad, que es de lo único que me fuera posible, someramente, hacer alarde.

* * *

Ramón Pérez de Ayala es un literato perteneciente a esa generación posterior a la llamada del 98, que, sin duda alguna, la sobrepasa en méritos y tesoros. Poco dado a la populachería, nada de extraño tiene que no sepais de su contextura, gustos, secretos y hábitos. Quédese esto para esa calaña de publicistas con espiritualidad de marionetas. López Mezquita le hizo, años ha, un retrato al óleo, que se expuso en uno de esos certámenes nacionales de pintura que son a manera de parodias artísticas. Allí está, con su cara de un moreno tostado de terracota, con su befo (primera acepción del Diccionario de la Real Academia Española), sus pómulos salientes, rasurado, y con esa blandura asturiana en los ojos, que parecen resbalar, suavemente, por los contornos de las cosas llenas de verdad, de bien y de armonía. Un libro en la mano nos dice su vocación, y una gola, envolviendo su cuerpo elástico, la austera seriedad de su persona.

* * *

El estudio que la crítica debe prestar a la obra de Pérez de Ayala, habría que seccionarie en tres órdenes: Lírica, Novelística y Ensayos. Yo no voy a intentar, tan siquiera, hacer unas apostillas sobre esa triada literaria. Solamente, unas notas someras sobre sus novelas, voy a trazar, con finalidad restringida a la información del público de esta Revista.

Las novelas mayores de Pérez de Ayala son cinco: *Tinieblas en las cumbres*, *A. M. D. G.*, *La pata de la raposa*, *Troteras y danzaderas* y *Belarmino y Apolonio*.

Tinieblas en las cumbres es la primogenia novela de Pérez de Ayala.

que salió, por cierto, algo rigosa y dislocada. Galdós saludó su aparición con frases laudatorias, entusiastas, alentadoras. ¡Buen padrino le cupo en suerte a la pícaral! Ciertamente que lo merecía. En los tiempos modernos no ha habido, para mi gusto, una novela tan suelta, donosa, ocu-
 rrente, veraz y jugosa como *Tinieblas en las cumbres*. Ni los relatos de saber y ver de Baroja, ni los de Ciro Bayo pudieron superarla. Empero, por su crudeza al relatar la vida lupanaria, no creo que pueden gozarla estéticamente todos los lectores, turbados sus sentidos por el vaho sensual que de ella emana. Esta novela, al igual que los primeros ensayos de Pérez de Ayala, escritos para aquella inolvidable revista dirigida por Luis Belío —ecuanimidad, reposo, acierto— que se llamó *Europa*, fue dada al público con el pseudónimo Plotino Cuevas. Singular ayuntamiento de palabras. Plotino: nombre de aquel egipcio filósofo neoplatónico que, por los primeros siglos cristianos, nos descubre la esencia del misticismo. Su doctrina, ignorada en el solar hispano, es succulenta en demasía para el selecto y delicado catador intelectual. A lo que yo no alcanzo a sacar sentido, es al apellido *Cuevas* que injertó en el neoplatónico filósofo. ¿Qué quiso representar o simbolizar Pérez de Ayala con la tramazón de estos dos vocablos?

Alberto Díaz de Guzmán le conocimos en *Tinieblas en las cumbres*. Ya había salido del colegio jesuítico, donde aprendió a observar la vida. Durante sus años de colegial le llaman Bertuco. Estos años de su pubertad completa, se nos ofrecen en la segunda novela que apareció de Pérez de Ayala: *A. M. D. G.* Algún rebullicio polemístico levantó la publicación de la obra, caso nada insólito si ha de tenerse en consideración que el libro es un punzante dardo florentino contra la educación e instrucción que propinan los hijos de San Ignacio. Nosotros fuimos espectadores de aquellas diatribas, catecúmenos de la Universidad y bisoños concurrentes al Ateneo en aquellos años. Nos apasionamos por uno de los dos bandos contendientes. Hoy, puestos a deducir una sintética y concisa conclusión de aquella polémica, únicamente afirmaríamos que su polvareda no llegó al cielo. Yo recomendaría a todos los padres que piensen dedicar sus hijos a las profesiones liberales, leyesen, al par que un reglamento de un Colegio jesuítico, este libro novelesco de Pérez de Ayala, en el cual se increpa, más que por otros defectos, a los jesuitas, por su ignorancia e inhabilidad para imbuir a los jóvenes sus conocimientos, aquellos pocos que los poseen.

Aparecen después *La pata de la raposa* y *Troteras y danzaderas*. Son dos novelas que no pueden considerarse separadas, en ningún sentido. La misma cronología de su acción lo requiere. La segunda es un episodio de la vida del protagonista que se desarrolla entre las fechas que abren y cierran *La pata de la raposa*. El tipo central de la novela, Alberto Díaz de Guzmán, es un abúlico; no tiene voluntad. Diferentes veces ha sido biografiado esta «especie» humana, en los últimos tiempos de la novelística. Y llegó a tomar carta de naturaleza y fijación con el Juan Cristóbal de Romain Rolland. La psicología se ha apoderado de él, catalogándole entre los tipos mórbidos. Hay en ellos una superabundancia de sensibilidad, refinamiento y avidez intelectual, excesiva resonancia, en su espíritu, para el dolor. Les encocora la rutina, el prejuicio, la vulgar corriente de las cosas. Huyen de la acción, porque «todo es uno y lo mismo». El deleite estético es su tabla salvadora en este naufragio de los ideales renacentistas. Oscar Wilde con su Doran Grey es el pontífice del nuevo credo. A su sombra nació el nuevo tipo de abúlico, exquisitamente refinado y sutil. El exceso de inteligencia cultivada, anula el poder expansivo. A toda excitación responde una reacción, que se traduce en acio. Esto afirman los psicólogos. Mas cuando de excitaciones estéticas se trata, la finalidad es solamente interiorizar en nosotros, no un conocimiento, sino una vaga e inefable emoción, sin que incite a expansión alguna. Todo hombre contemplativo y comprensivo está condenado a ser un abúlico,—risa y murmuración para las gentes, desprecio y mordacidad como pago por parte del impotente de voluntad.

Alberto Díaz de Guzmán, viaja, ama, compone líricas canciones, frecuenta los lupanares, lee y discute, pasa el tiempo «en un vago ensueño». Mientras tanto le arruinan. Ello no le pesa, ni sobrecoge. Es un inconsciente talentado y sensitivo. Sin estos dos caracteres sería un romántico.

• • •

Detengámonos unos momentos en el ambiente de *Troteras y danzaderas*. Alberto Díaz de Guzmán pasa una temporada en Madrid. Como su rótulo indica, es la prosa novelesca tejida con los materiales más auténticos y abundosos de la Antigua Hesperia de los focenses que aclimataron en las costas levantinas: Mozas del partido con su constelación de nocherniegos y lunáticos hampones, más sutiles que la gota de aceite. Desde el pestorejudo arcipreste Juan Ruíz, hasta la novela contemporánea, no ha habido más manantífera fontana que la picaresca o gallo-

fería. En ese abigarrado y pintoresco relablo donde se sumergen las celestinas, estudiantes, ciegos y lazarillos, curanderos y majos, tahures y barateros, limadores, mecheras, breveros, sacamuelas, titiriteros, tonadilleras, tramoyistas, brujas, busconas, caciques, arbitristas, dómynes, alquimistas y mil hampones más, cuya máxima y auténtica fuente informativa puede hallarla el lector en las obras satíricas de don Francisco de Quevedo y Villegas, en otro sentido, catoniano moralista o lírico de «altos vuelos».

Troteras y danzaderas es un acoplamiento de escenas truhanescas en torno al protagonista, cuyos materiales están extraídos de la vida contemporánea madrileña: ministros, literatos, estrellas del cuplé, comediantes, poetas, profesores y pintores. Abundan en ella sesudas y deliciosas opiniones y disquisiciones sobre arte, política, literatura, etc.

La postrer novela, de dimensión corriente (3,50 antes de la guerra, 5 pesetas después) que ha publicado Pérez de Ayala, lleva por título *Belarmino y Apolonio*: nombres significativos. Es su novela-cumbre, posiblemente difícil de ser superada.

Si este libro hubiérase publicado en un país de un denso ambiente de cultura, hubiera labrado, por sí solo, la fama y la fortuna de un hombre de letras. Pero aquí, en nuestro país, roquero para las vibraciones sensitivas, solo han participado de sus tesoros los de siempre: un par de centenares de espíritus escogidos, los fildados de «intelectuales» por los analfabetos por desuso. Y, ¡ay del libro que en España llegue a la popularidad! Señal evidente de su estulticia o perversión.

Belarmino y Apolonio son los tipos centrales de este acabado e interesante muestrario de tipos. Luego vienen el cañonigo don Guillén, Ali-gator, la Xantipa, Felicifa y su celebrante Novillo, la marquesa de Soma-via, Angustias, el padre Alersuco, el francés René Colignón. Desentendámonos de todos ellos, con excepción de Belarmino.

¿Quién es Belarmino? Se trata de un zapatero cuya tienda ostenta este rótulo: *El Neurod boscoso y equitativo*. Un zapatero republicano y filósofo. El dice: «Yo no soy todavía del todo filósofo; pero cada día lo soy más. Y andando el tiempo... Pues el aquel de la filosofía no es más que ensanchar las palabras, como si dijéramos, meterlas en la horma. Si encontrásemos una sola palabra en donde cupieran todas las cosas, vamos, una horma para todos los piés, eso es la filosofía, tal como la apunta mi intelecto.» El señor Belarmino habla con intríngulis. La gente

no le entiende y se burla de él. Como todos los hombres superiores y bondadosos, es burlado y despreciado sarcásticamente. Mas la filosofía del señor Belarmino es más que una simpleza o una sandez. Bromas aparte, pudiese ser desentrañada por un lingüista. Acaso la falta de armonía y compenetración espirituales provenga de nuestra incompreensión idiomática. Las palabras ignoradas, no pueden trabar cuerpo con los sentimientos o pensamientos que pretenden expresar. La idea y el vocablo no se intuyen. Y así como para Bergson el conocimiento de nosotros mismos no es posible por la introspección o reflexión, sino por la intuición y es incomunicable este conocimiento intuitivo, íntimo, substancial, así el conocimiento de las ideas y sentimientos ¿cómo va a ser posible sin una intuición entre esos estados espirituales y los signos articulados de que nos valemos para hacerlos objetivos?

«He hallado la solera recreada» —dice a René Colignón el zapatero señor Belarmino. Esta frase es la terminación de un párrafo belarminesco. El mosieur Colignón—un pastelero enriquecido, frívolo y compasivo—queda extrañado, una vez más, del lenguaje esotérico del viejo amigo, quien le dice, «se lo interpretaré en forma corriente: *solera* es palabra que viene de sol y dice la luz más viva, y fuente de luz. *Recreado* en lo que nadie ha hecho, que se hizo por sí, y produce gusto, recreo; o sea luz increada.

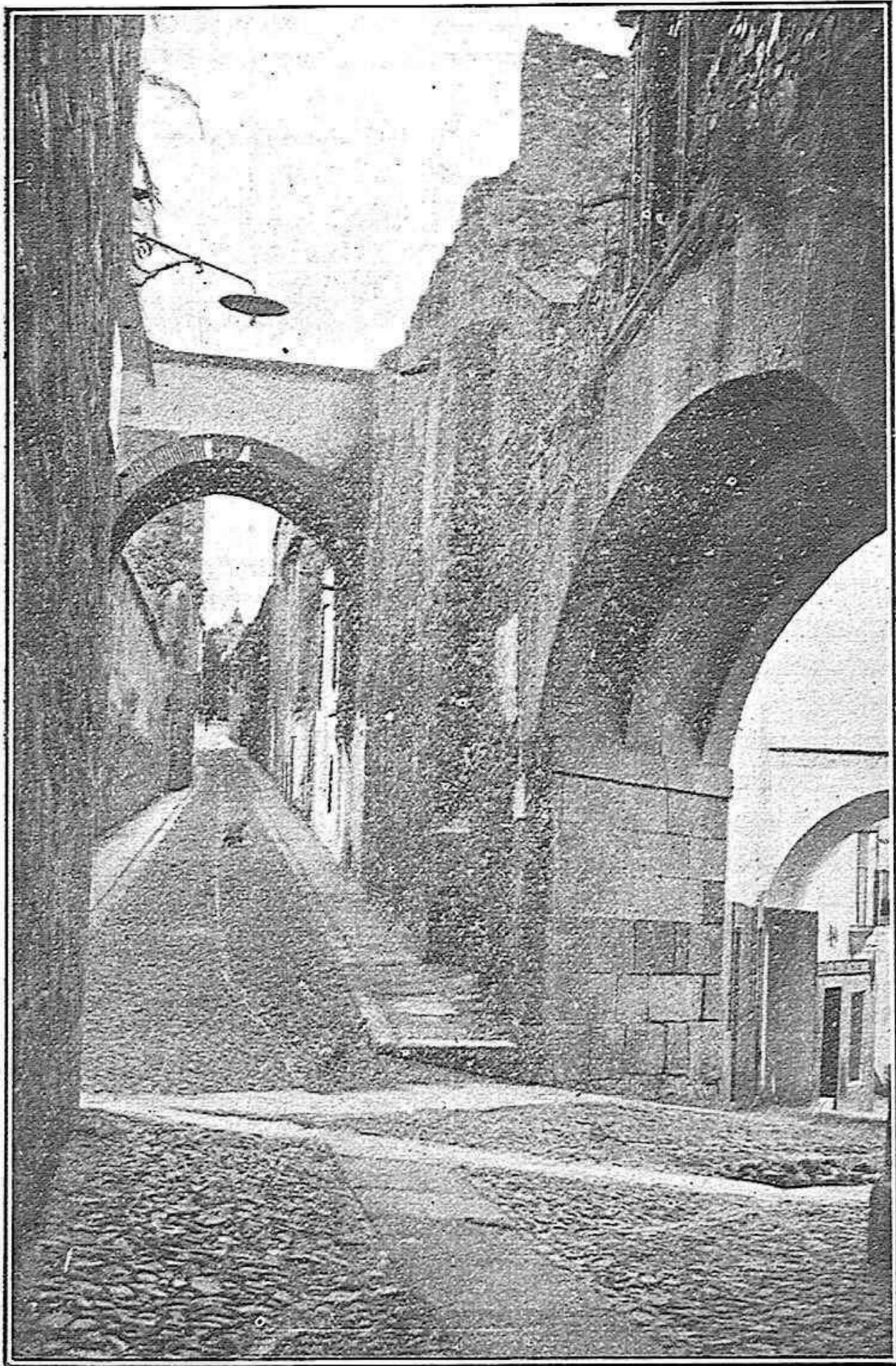
Para Belarmino el Diccionario es la suma y compendio del universo astral. El le suerbe los sesos. El le lleva a la ruina. El provoca la furia de su mujer, Xantipa, hasta llegar a golpearle. No hay otro libro, para Belarmino, que el Diccionario. Los estudios que sobre él ha hecho se reflejan en sus peroratas. Acaso, acaso, unos cuantos Belarminos con más sólida base cultural, nos darían la florecencia plena de esta teoría—tan sugestiva, tan original, tan interesante—de la filosofía del lenguaje.

En el entretanto, esperemos, sin desmedidas ansiedades.

Queda hecho el recuento de las novelas de Ramón Pérez de Ayala, escritor meritísimo. Solo esto nos propusimos al comenzar la divagación. No se nos tache, pues, de imprecisos, superficiales y desordenados.

FRANCISCO VALDÉS.

MONUMENTOS EXTREMEÑOS



CÁCERES.—EL ADARVE Y EL ARCO DE LA ESTRELLA

POR TIERRAS EXTREMEÑAS

Impresiones de un viaje a Yuste

PLASENCIA

La calle y la ciudad están en silencio. Bajo un soportal nos reunimos unos cuantos viajeros. El frío de la madrugada—las seis campanadas se oyen en el reloj de la catedral—nos hace a todos huraños, hoscos, y apenas se cruzan los buenos días, cada cual se sumerge en sus pensamientos y en su gabán. De lejos se oye el retumbar del coche por las calles empedradas y el ruido se amortigua al llegar a la carretera. Puestos en fila, resignados, cual condenados a galeras, los compañeros de viaje, sombras chinescas, fantasmas, van penetrando en el coche; todos recelando entre sí, nos hacemos la misma pregunta: ¿quién será el condenado al pescante, sufriendo el frío de la mañana? El cochero, dictador, va secamente señalando: «Usted, y ahora usted»; y así hasta colocarnos los cuatro, pues no son más los que pueden ocupar los asientos.

Nos compadecemos del viajero destinado al exterior; pero ninguno ofrece su puesto.

El coche arranca de las afueras de la población. Los cubos de la muralla se adivinan entre las casas abigarradas cercando la ciudad; los hombres, diríase que no han tenido valor para echar abajo sus piedras y la estructura de las viviendas se ha adaptado a la línea marcada por aquéllas; amanece lentamente y se advierten los matices parduzcos, blancos de las fachadas y las sombras de las ventanas semejan ojos escrutadores, lo único viviente, despierto a tales horas; unas lucecitas aquí y allá, en las casas, nos hacen pensar en la madre que cuida al hijo enfermo, o acaso en la que trabaja a aquellas horas. ¡Misteriosas luces compañeras del amor y del dolor!

A medida que el coche avanza va distinguiéndose la carretera, los

árboles, las tapias de las últimas casas. Cruzamos el puente sobre el Jerte, que canta a nuestros piés un himno al trabajo, en la inmediata fábrica, esparciendo luego sus aguas tranquilas, satisfechas después de su obra, en el amplio cauce, con sus márgenes cubiertas de vegetación; quintas de recreo, huertas, álamos compañeros en nuestra excursión, en los cuales vamos dejando algo de nuestra alma que se goza con ello en este leve saludo.

El río va quedando ya lejos y apenas advertimos sino el espejo de sus aguas. La ciudad, en la orilla opuesta, continúa dormida; la catedral con sus torres de defensa y su tono parduzco destaca más entre las casas blancas que cobija amorosamente.

Una mancha roja del colegio de San Calixto, que más parece cuartel, y que a este objeto ha sido destinado, según nos dicen nuestros acompañantes.

—Estaba destinado a colegio, en el que vivían cien alumnos; pero hiciéronlo para más de quinientos... y no sirve por excesivamente grande; ahora se destinará a cuartel y con el dinero que por él se obtenga se hará un colegio más pequeño. Gracias a esta proporción no será preciso gastar parte de las rentas en una conservación costosa.

La conversación se generaliza entre nosotros, estudiando las ventajas que pueda tener la llegada del regimiento y la vida del colegio. En tanto, el día alumbra ya el valle y la sierra lejana manchada de nieve; las crestas aquí y allá con sus matices morados, de púrpura; las casitas blancas de los olivares esparcidas en la montaña suave por cuya ladera ascendemos, siguiendo la línea rojiza y polvorienta del camino; pausadamente, subimos la pendiente y parece que el día, apresurando su camino, quiere que sigamos su norma en el nuestro; pero ¡ay! que la carretera nos hace perder toda esperanza y vamos dando tropiezos y cuidándonos de evitar un choque funesto con nuestro vecino.

De la carretera, y hacia un olivar, se desvía un caminante con la azada al hombro, dispuesto a la labor mañanera. Y vamos ganando la cumbre y solo hemos tenido este encuentro *personal*. Ello nos sirve para sentirnos satisfechos de nuestra diligencia; ¡cuidado!, no nos referimos al vehículo, sino a la prontitud para levantarnos, que no es lo mismo.

El cielo azul sobre nosotros, puro, y un horizonte amplio. A nuestra altura, allá lejos, enfrente, una mancha blanca de la ermita del Rosario, devoción de la ciudad, de la que ya solo se destacan las torres de sus iglesias y sus dos fortalezas; la civil... y la religiosa.

Un momento más, y ganada la cumbre, damos un adiós a la ciudad.

bañada ya por el sol que alumbra el valle dilatado, que de pronto, en un recodo del camino, desaparece.

En el silencio de la mañana, nuestro coche turba la paz de los pajarillos, que revolotean entre las encinas, y, de vez en cuando, bajo los árboles, la silueta recortada de una vaca se nos aparece. Suenan las campanillas de los caballos con un alegre repiqueteo de gamas distintas, entre el martilleo monótono del frote de los jacos. La carretera zigzaguea en el alto de la sierra que asoma sus bloques graníticos cubiertos de jara y de maleza; los troncos retorcidos de los árboles parece que se desperezan ante los rayos del sol, ascua de fuego, que ciega nuestra vista que se pasea por el monte, recorre su pendiente escabrosa, descansa en la carretera y sigue por la llanura del valle, en el que no se ve ni un solo habitante. Solo allá, a lo lejos, divisamos la casita del peón caminero, cuya vida es un misterio en este desierto, donde no existe un pueblo en veinte kilómetros; en este destierro y como anacoreta vive este hombre, que pudiera preguntarse qué delito cometió para que así se le condenase...

Cámbiase el tiro, y entretanto los viajeros nos apeamos, lanzándonos a paso rápido por el camino; el aliento se hiel y no hay ganas ni de hablar, si no es para quejarse del frío.

Cruzamos un puente para salvar una *garganta* del terreno por la que serpean las aguas finas, transparentes, que vienen violentas de la sierra, bullendo entre las piedras del cauce y atacando la arenisca de las márgenes.

Un caserío blanco, siempre blanco, aparece entre las breñas, allá en lo alto, y el pastor con su ganado se dispone a recorrer el valle; el coche, a poco, viene a nuestro alcance y volvemos resignados a nuestro asiento.

Cruzamos la cañada, y a la salida nos damos cuenta de la altura a que estamos. Lejos, muy lejos, la gasa azul de la sierra, que parece transparentarse; más acá el valle ancho y una cinta serpenteando, el río *Tiétar*, de mansa quietud a esta distancia; sin advertir su corriente, es tan solo un espejo, pues no hay término que mejor exprese la sensación recibida; es vieja la comparación, pero su sabor es nuevo, como lo es el del agua que apaga la sed cada vez que la satisfacemos. Y más acá, hacia nosotros, viene la suave pendiente truncada por la línea de la carretera. El paisaje es azul en el ambiente; matizado de oro y verde en la copa de los árboles; morado y gris en las rocas ingentes; blancuzco

en la carretera, y esos tonos mezclados y fundidos, cual paleta de un pintor, con brillo de plata se refleja en el río. Y os sentís entonces enamorados de la Naturaleza, de su grandiosa amplitud, y quisiérais llevaros grabada en vuestra retina estas imágenes, y os falta poco para exclamar: *io sonno pittore*. Pero ¡ay!, que no existe quien pueda llevar al lienzo estas impresiones, que por fuerza han de darse en sucesión de palabras, que es el único trazo que sabemos dibujar. Porque este paisaje que está a nuestros piés, es vida, vida del mundo. Hay vida en los árboles, en las piedras, en la bruma que asciende del valle, en la luz que penetra las ramas buscando tesoros, buscando las lágrimas que derraman las hojas sencillas, que están castigadas por el tronco del árbol frondoso a vivir para siempre ignoradas. Hojas tristes, cenicientas hojas, marchitadas en la flor de la vida, en silencio siempre, aminorizadas, sin que para ellas esperanza exista de que venga en su ayuda su Hada.

Mas ¡ay!, que sus quejas no en balde oye el viento puro de la sierra, que no quiere rozar con la impureza terrestre, y llega a ellas y las agita y destrona a las orgullosas que han ganado la cima de la encina vieja, y por su poltrona, donde se asentaban, pasa un rayo de luz bienhechora, que llega lleno de caricias mansas, en busca de las tristes que ha tiempo lloraban.

Naturaleza, vida, que penetras en nosotros y como a las hojas, también tristes, nos alegras con tus hechizos, con tu sol, con tu luz.

UN PUEBLECITO

Un pueblecito asoma sus casas curiosas, tres, cuatro, no más, a la carretera, destacándose la aguja fina de la torre de la iglesia; un poco más allá el grupo de edificios aumenta, envueltos entre los olivares. El carruaje se detiene. Estamos en Tejada. Son las nueve de la mañana y no se oye ni un rumor; el pueblo, sin duda, está todo en el campo, y cuidándole queda la pareja de la guardia civil, que sale como a darnos escolta. Recorremos las calles llenas de guijarros, tropezando aquí y allá en los peñascos y ascendiendo por ellos como si estuviéramos en el monte vecino; en la plaza del pueblo, pacíficamente, un grupo de mujeres coseg al sol sus ropas. La calle es el taller; mejor aún, diríamos, el hogar.

Buscamos un guía que nos lleve a Pasarón.

Siguiendo a nuestro acompañante recorreremos a caballo en poco más

de media hora la carretera que conduce al pueblo. Vamos dejando en los campos los labradores que cuidan sus tierras. Aquí y allá se destacan las casitas blancas que no son sino los secaderos del pimiento. Esta es la principal riqueza de la región, cuyos habitantes añoran los precios alcanzados durante la guerra; las ganancias fabulosas de entonces beneficiaron a todos; propietarios y *medieros*: gracias al régimen de arrendamiento, riqueza del suelo y distribución de la propiedad, que se halla muy repartida, la prosperidad de la Vera es conocida de todos. Pero... veamos a Pasarón. Subimos la suave pendiente, aproximándonos a la falda de la sierra, que corta nuestro horizonte. La vista juguetea mirando entre los jarales y contempla curiosa los peñascales de la cordillera y los bloques graníticos esparcidos por dondequiera. A la izquierda, a la mitad de la sierra, vemos destacarse un pueblecito: «Arroyomolinos», responde nuestro guía. Se diría que sus habitantes huyen de los hombres, a juzgar por su aislamiento. Apenas se vislumbra, a trechos, en la maleza de la sierra, la senda—el nombre de camino sería demasiado—que sirve de enlace con los pueblos de la comarca.

PASARÓN

Unos olivares, a la entrada del pueblo, y como nota del siglo XX, un molino movido por fuerza eléctrica. Las calles empinadas de la aldea nos obligan a dejar la cabalgadura. La luz viva del sol se trueca en el recinto de sus encrucijadas en una sombra fría. Los balcones de madera avanzan hacia la mitad de la calle, rompiendo con toda ley de simetría, pareciéndoos que se van a derrumbar sobre vuestras cabezas. Las viviendas desnudas de cal, grises, de aspecto sórdido, os infunden miedo. En la amplia plaza, el reloj del Ayuntamiento es lo único que os dice que no vivís en el siglo XV. Influjos misteriosos—no podían faltar en el pueblo vetusto—prolongan la jornada de trabajo, deteniendo las agujas del reloj...

Un palacio Renacimiento—restaurado con acierto por su propietario—llama la atención del visitante. Sus altas galerías cubiertas y sus gárgolas caprichosas os recuerdan el de Monterrey, en Salamanca. Los grandes salones de su interior, con sus artonados, y los muebles de época, os transportan a tiempos pasados. He aquí una estancia en cuyos muros admirais finas labores platerescas. Os figurais al punto oír las leves pisadas de las damas y el ruido de las espuelas de los caballeros,

cuyas figuras trazara la mano de Velázquez. ¡Escuchad un momento! ¿No oís?

Levantad esta compuerta; del abismo sin fondo, oscuro, lóbrego, viene un suspiro ténue, que apenas se percibe en la noche callada; apenas distinguiríais si es voz de mujer, si no supiéseis la historia del señor del Castillo, que luchó en Flandes como capitán de los tercios del emperador Carlos, y mora como él en las cercanías del Monasterio. No visita a su antiguo señor, de quien le separa el castigo de muerte que por orden imperial, sufrió su propio padre. Y para que su hija no descubra entre las celosías la mirada de don Juan de Austria, que acaba de llegar a Yuste y ha descubierto la belleza que en sitio tan próximo se encierra, preciso ha sido sepultarla en vida, ya que «el honor es patrimonio del alma y el alma solo es de Dios».

* * *

Subís de nuevo la pendiente, ya más escarpada y pedregosa, entre los robledales y chaparros, y al ganar el collado, divisáis apenas, frente a vosotros, como un punto en la lejanía, en la falda de la sierra, una pincelada verde entre las manchas rojizas de las jaras: allí está Yuste. Más lejos, a vuestra derecha, las albas cimas de Gredos. En derredor vuestro no advertiréis muestras de vida humana. La sensación de soledad no puede ser mayor. El mundo acaba aquí. Camináis aún durante dos largas horas, entre peñascos y matas salvajes, subiendo y bajando por las anfractuosidades de la sierra, cruzando las gargantas secas, cuyos cauces arenosos, anchos, abiertos, os hablan del destrozo de las aguas que no encuentran dique alguno. El hombre desaparece ante la inmensidad de esta amplitud del horizonte. Al fin, rendidos, extenuados, poneis vuestra huella sobre la tierra del augusto retiro. Cruzáis, saltando setos, por entre las que en un tiempo debieron ser huertas feraces, y adivináis cierta simetría en las parcelas, y os cobijáis de vez en vez a la vera de algún árbol. Llegáis al fin al Monasterio y os dais cuenta de que estais solamente ante una ruina y un recuerdo. Leed, los que no lo hayais visitado, la descripción de Alarcón. No tardando mucho, no podrá recibirse otra impresión del Monasterio. Del pasado no queda otro recuerdo, aparte de las piedras, del templo desmantelado y de las estancias desnudas, sino la inscripción bajo el escudo imperial en el muro de la terraza, que recuerda «en este lugar estaba asentado quando le dió el mal a los treinta y uno de Agosto a las cuatro de la tarde» y del fallecimiento el 21 de Setiembre de 1558 «a las dos y media de la mañana.»

Por fuerza hubo el emperador de encontrar allí el comienzo de su enfermedad, ya que es el sitio que invita más a permanecer en él, por la belleza del paisaje que desde aquel punto se domina. El cielo azul y el horizonte amplísimo, cortado solo en las lejanías por la sierra de Guadalupe, constituyen un panorama difícil de describir. Es de una parte, el paisaje de montaña que recuerda las de Asturias, y de otra la llanura dilatada de muchos kilómetros cuadrados. El jardín existente bajo la terraza—con su estanque versallesco, surtido en tiempos de peces que brillarían al sol, al saltar en la caña de Carlos, manejada desde la altura y que también le traerían a su memoria, cómo de igual modo habían danzado tantos hombres a capricho de la voluntad real—serviría como para gozarse en la limitación y comprender mejor las extensiones que desde allí se dominan, al modo de quien, por haber vivido entre montañas, sabe después contemplar con fina sensibilidad la llanura sin límites.

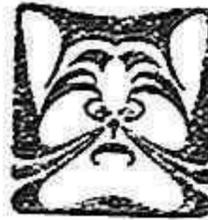
Las demás estancias del palacio, no merecen hoy tal calificativo; sus paredes blanqueadas, desnudas, sin un lienzo, más parecen hospital robado que antigua mansión señorial. No busqueis tampoco muebles de época; no queda nada. Y otro tanto ocurre con la iglesia, adosada a este edificio, en el que desde el dormitorio, el César podía presenciar la misa, como Felipe en el Escorial. La iglesia, de una sola nave, tiene una bóveda plana, anterior a la del Escorial donde es más conocida. Y se cuenta respecto a ésta, que no hace muchos años cayó al suelo la clave de la misma, que no se atrevieron a colocar peritos a quienes se llamó, ante la inminencia de una ruina; pero ha poco se ofreció un simple alarife de Cuacos, llamado Campal, quien colocó la piedra en su lugar sin necesidad de nuevas reparaciones. Y si lector dijeres ser comentario...

El claustro del Monasterio, con sus columnas y sus capiteles rodando por tierra, yacen cubiertos de hiedra; la naturaleza, más piadosa que los hombres, parece de este modo querer cubrir con ese manto estos restos milenarios, para los que es inútil pedir protección al Estado, ni a su propietario actual, quien seguramente no está convencido de lo que significa la función social de la propiedad en la que, en este caso, se dá el derecho de abuso sobre ella.

Han pasado por Yuste, según se advierte en el libro de visitantes—que tampoco debiera ser patrimonio privado—extranjeros y nacionales en gran número. Entre los primeros figuran, sobre todo, alemanes. De los últimos, muchos literatos y políticos. Recordemos a dos figuras representativas: Maura y Unamuno. Este ha visitado tres veces el Monasterio, que él llama hermoso descansadero para una vida que, como la de Car-

los, fué tan agitada. Los demás visitantes se complacen unos en llamar la atención de los políticos cuyas firmas confunden con la propia figura de ellos, dirigiéndoles amargas censuras por el abandono de este retiro. Lástima que no hayan vuelto quienes hacen ofrecimientos que nadie exigiría, suponemos. Si así sucediese, debieran prometer para su conciencia de españoles, solamente, cuidar en lo futuro de estos recuerdos históricos, aniquilados poco a poco en el olvido, siendo hoy un símbolo de la falta de energía de una raza a la que caracterizó la lucha por el Ideal.

A. RODRÍGUEZ MATA.



TÍTULOS EXTREMEÑOS

Marquesado de Torres-Cabrera

Armas del primer marqués. De gules, las cinco torres de oro puestas en sotuer; partido de plata, las tres fajas ondeadas de azur en jefe, las dos cafras de sable pasantes puestas 1 y 1. Acolada la cruz de Alcántara. Timbre, corona de marqués.

Prescindiendo de los antiguos y estrechos lazos de amistad y afecto que a esta familia me unen, me es muy grato consagrarle en esta serie unos renglones, por ser de abolengo netamente extremeño y en Extremadura, en Villanueva de la Serena, álzase su casa solariega, que su poseedor actual, el jefe de los Torres, dedicó a fines benéficos y cantó en bellos renglones, casa que

«...mandó hacer un guerrero
cuando vino de la guerra,
cruzado de caballero,
a gobernar esta tierra
y dar descanso al acero» (1)

Al siglo XVI se remonta la ejecutoria de los Torres, o mejor dicho de los Mateos de Torres, pues don Alonso Mateos de Torres se llama-

(1) Narraciones y poesías por don Miguel Torres González de la Laguna, marqués de Torres Cabrera, página 89. (Badajoz, Tip. de Uceda Hermanos, 1907.)

ba el que la ganó en 1541. Dicho señor era nieto de Diego Matens de Torres, que murió octogenario, cuatro años antes de finalizar el siglo XV y fué progenitor de esta línea.

Varios miembros de esta familia, según he visto en el archivo de la misma (1) adornaron el pecho con la verde cruz de la orden alcántarina, entre ellos don Alonso de Torres y Tapia, prior del Sacro Convento que en la esclarecida villa de Alcántara tenía esa Orden, capellán de honor del cuarto Felipe, autor de la célebre *Crónica de la Orden*, impresa (2) por Real mandato a consulta del Real y Supremo Consejo de las Ordenes Militares, obra obligada de estudio para todo el que quiera conocer el pasado, gloriosísimo, de esa alta institución religiosa, militar y nobiliaria.

Y con lo apuntado basta, toda vez que mi propósito no es ahora tratar de las familias nobles de Extremadura, de las que Dios mediante, me ocuparé, si tengo humor y entusiasmos, que ¡ay! van faliando con el medio ambiente, con el poco interés con que se reciben en nuestra región los estudios heráldico-genealógicos *documentados*. Haré pues, punto, sobre aquel tema, siempre sugestivo para los que creen que la genealogía y la heráldica son «hermanas gemelas», ramas frondosas del árbol secular de la Historia, que son en fin, con valentía hay que decirlo, la Historia misma.

El primer marqués de Torres Cabrera lo fué don Juan de Torres Cabrera, Calderón de la Barca y del Barco, caballero del hábito de Alcántara, al cual quiso el gran Carlos III, por Real decreto de 1 de Julio de 1779, premiar los «servicios prestados en todo tiempo a la real Corona.

(1) Vignán y Uhagón (hoy marqués de Laurencín) registran en su notable Índice de pruebas de los caballeros que han vestido el hábito de Calatrava, Alcántara y Montesa (Madrid Tip. de la Viuda e hijos de Tello, 1905) a los siguientes: Don Juan Torres Gómez Peñafiel Sánchez Benitez, natural de Villanueva de la Serena, que ingresó en 1672; don Juan Francisco Torres Gómez Peñafiel y Calderón, natural de Villanueva de la Serena, que lo hizo en 1694; y don Juan Torres Cabrera Calderón de la Barca y del Barco, natural de Brozas, que lo efectuó en 1769.

(2) En Madrid, en la imprenta de don Gabriel Rodríguez, impresor de la Real Academia de San Fernando, MDCCLXIII, dos tomos en folio.

así como los de vuestro padre don Juan de Torres Calderón y sus ascendientes, creándole previamente, según ley y costumbre de entonces, vizconde, con la denominación de Campos.

Dicho señor fué hijo de don Juan de Torres Calderón de la Barca, Gómez de Peñafiel, Sánchez Benítez y Niño, caballero de la Orden de Alcántara y de doña María de Cabrera y del Barco y Sotomayor, hija de don Fabián Diego de Cabrera y de doña Benita del Barco Flores Topete Zúñiga y Aponte, vizcondes de la Torre de Albarragena y de ilustres casas de la alta Extremadura.

Don Juan, primer marqués de Torres Cabrera, contrajo matrimonio con doña Atocha Gómez-Bravo Campos y Salcedo, hija de don Juan Gómez-Bravo y de doña Micaela Campos de Orellana y Salcedo, ambos de ilustre linaje y sobrina ésta del insigne arzobispo de Sevilla don Luis Salcedo, cuyo cuerpo yace en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de la citada ciudad.

Segundo marqués de Torres Cabrera fué el hijo de estos señores don Pedro de Torres y Gómez-Bravo, maestrante de la Excelentísima y Real de Caballería de Ronda, el cual casó con doña Micaela Mayoralgo Ovando Golfín y Vera, poseedora del Mayorazgo fundado por doña Isabel de Carvajal, con imposición, creo, de uso de este ilustre apellido, hija de don José de Mayoralgo y Golfín y de doña Isabel de Ovando y Vera, condes de la Torre de Mayoralgo.

La casa de doña Micaela de Mayoralgo, o Blázquez de Cáceres, que así fué en su origen este noble apellido, como ya he dicho en mi anterior trabajo, estaba enlazada con otras también muy ilustres: la ducal de la Roca; la condal, hoy Grandes de España, de Torre Arias y la de los marqueses de Santa Marta y de Ovando.

Fruto de aquel enlace fué el tercer marqués, don Miguel Torres Mayoralgo Gómez-Bravo y Ovando, poeta distinguido y hombre culto que sacrificó la tranquilidad de su hogar feliz y su salud por servir la causa del pretendiente don Carlos. Este señor estuvo casado con doña Catalina González de la Laguna y Rodríguez de León Cañedo Torres Vigil y Varona, la que con sus virtudes supo enaltecer los apellidos ilustres que heredó de sus mayores. Fué hija de don Fernando González de la Laguna Cañedo Vigil y Quirós, alcalde mayor de Medellín, abogado de los Reales Consejos, de nobles casas del Principado de Asturias y de doña Josefa Rodríguez de León Torres y Varona, de noble familia extremeña, de la «Casa de la cadena» de Fuente del Maestre, llamada así por el vulgo por gozar el alto privilegio de la cadena.

Los marqueses don Miguel y doña Catalina tuvieron dilatada sucesión, sucediéndoles en el título y representación de la casa su hijo mayor, el actual poseedor del mismo, don Miguel Torres González de la Laguna, Caballero de la Orden de Alcántara, Correspondiente de la Real Academia de la Historia y del Instituto de Coimbra, que estuvo casado con una dama austera y ejemplar: Doña Luisa Gómez-Galiano y Fernández de la Peña, Calderón y Mendoza, III condesa de Campo Espina, fallecida en Don Benito el 16 de Enero de 1897.

ANTONIO DEL SOLAR,
Miembro del Collegio Araldico de Roma.

Badajoz.



EXÁMETROS

Desde la cumbre

Ya he llegado a la cumbre brava, radiosa, y enhiesta
sobre la cual van erráticos los astros triunfales,
las pupilas solemnes y eternas del hondo misterio,
la fiel vanguardia del Ser Rector de los mundos...

Ya he llegado a la cumbre, iconoclasta atrevido,
donde en la lírica aurora todo vibrante se exalta:
la Idea, que es el dardo de la razón a la Esfinge
y la Pasión, que es nimbo que a las altas ideas circunda...

Llega a mi oído el estruendo del mar que labora
socavando los lares vetustos de todas las razas
un siglo y otro siglo, tenaz, indomable, terrible...

De unos volcanes escucho el épico aliento,
la ingente fuerza omnívora que aterra y que vence,
pues llevan en su seno fecundo, gigante, oprimido,
fervor de gestas, himnos al porvenir insondable...

Y los rumores furiosos de los que luchan, idiotas,
por el soñador trono en que los déspotas ríen
llega aquí, como un cierzo de hiel y ponzoña...
aquí, en este pináculo, en que clamó Zaratustra
la ruín soberbia impotente de todos los hombres...

¡Ya he llegado a la cumbre brava, radiosa y enhiesta!...
Sólo, domino el sendero, la senda escondida
en que gozaba Fray Luís sus íntimos goces
el sendero del sabio aparece borroso, invadido;
ya se secó la fontana tan pura y tan dulce;
y el yelmo del manchego, tomado de herrumbe oprobiosa,
junto al lanzón sublime se enquista en el iodo

que amasaron con burlas los enjambres de viles pigmeos estúpidos... ¡oh, siglos de cultura, igualdad... y carroña!... ¡Ya he llegado a la cumbre brava, radiosa y enhiesta!... Y busqué la verdad allá abajo con hondos anhelos; pensé que era mi fuerza un legado divino de dioses y abrí mis ojos con fuertes soberbias augustas... «¡Soy hombre, dije, acaso nacido de Jove!... ¡para mí no hay misterio!... ¡llevo la causa eficiente en mi cerebro pujante, dinamo del mundo!...» ¡Error!... ¡error!... ¡pigmeo, gusano y escoria!... Ante la risa primera de la enigmática Esfinge, supe de mi impotencia de gusano y escoria y pigmeo... ¡He llegado a la cumbre brava, radiosa y enhiesta!..

.....
 ¡Oh tú, ciencia impotente; ciencia con frágiles alas; pájaro ruin y gigante que solo rastreas; pues, a falta de oxígeno, te abates, sucumbes en cuanto que tu vuelo quiere escalar las alturas! ¡Oh moral, que mendigas según el clima y el pasto y lívida unas veces y otras con hondos rubores, aquí pregonas sangre, odios, rencores, venganzas y allí, amor, dulcedumbre y sacrificios fraternos... ¡Y la belleza en la línea, y la belleza en la carne, y la belleza en el genio y la belleza en la raza y, en el fondo, los fuertes amos del feudo del mundo!... ¡He llegado a la cumbre brava, radiosa y enhiesta!...

MANUEL REVILLA CASTÁN



Libros y Revistas

Don Juan —Novela por AZORIN.—(Rafael Caro Raggio, editor. Madrid).

Ha surgido de nuevo en la literatura contemporánea la figura de Don Juan. No es extraño. Don Juan, que no fué un tipo exclusivamente español, sino el producto de una época en que las inquietudes del espíritu contribuían a la formación de estos seres aturdidos, pícaros, conquistadores, osados y aventureros, fué cantera inagotable de poetas y dramaturgos. Pero nosotros hemos observado cómo el Don Juan de ahora no es el alegre Don Juan de antaño; es un pobre Don Juan de contrahecho espíritu, sin la gracia espontánea, ni la picardía gentil y subyugadora con que se presentó al público del siglo XIX.

«¿Quién fué Don Juan? ¿En quién pudo inspirarse el bardo para dar a los siglos su leyenda preclara?
¿Encarnó en el sacrilego estudiante Lisardo,
o en el noble andaluz Don Miguel de Mañara?»

Nos vamos a permitir contestar esta pregunta, en forma poética, de Carrère. Antes de Miguel de Mañara, famoso galanteador sevillano, apareció la figura de Don Juan en «El burlador de Sevilla», de Tirso, y antes, también, de don Miguel de Mañara, se cree existió un tal marqués de Marana, a quien se le atribuía la paternidad del tipo legendario, y mucho antes de Tirso, había florecido en otras literaturas forasteras, el espíritu conquistador, galante y audaz de Don Juan.

Aparece Don Juan en «El burlador de Sevilla» y traspone el atrio del teatro francés sirviéndose de tan excelentes embajadores como Corneille y Molière; pero no terminan aquí las andanzas del ilustre conquistador, pues Antonio de Zamora, Alejandro Dumas y Lord Byron contribuyeron, también, a aumentar su popularidad, y en el siglo XIX, allá en el año 1844, don José Zorrilla lo presenta de nuevo al público español. A principios del siglo actual la figura de Don Juan es exhumada de nuevo por Bataille, Benavente, Martínez Sierra, que recordemos de momento; y abonaríamos estas líneas con más nombres si tuviéramos tiempo de ojear algunos volúmenes de nuestra librería. Tiene, pues, la figura de Don Juan, un sabor de dulzaina empalagosa, que ahuyenta toda avidez e inquietud espirituales. Don Juan, no viste ya el airoso traje tenoriesco. Ha trocado la espada por el bastón, el chambergo por el sombrero hongo y la ancha polaina por los botines: un Don Juan vestido en los almacenes de *El Siglo*.

Pero el *Don Juan* de Azorín es un Don Juan que pudo llamarse Don Pablo, Don Manuel o Don Antonio.

Azorín ha querido ofrecernos el tipo legendario, sin los ardores de los años mozos del ilustre conquistador, despojado de la gracia y gallardía de la juventud, y Don Juan solo conserva como un perfume suave de flor deshojada. Es un Don Juan abocado al reuma, a la gota o al artritis. El alma aventurera, el genio pícaro y sutil, la gracia, el donaire, la soltura, se han desvanecido, mansamente, dulcemente, hasta convertir al personaje famoso de la leyenda en un «Don Juan que no se desparrama en vanas amistades, ni es un misántropo», que «gusta de alternar la comunicación social con la soledad confortadora».

Hay momentos en la novela de Azorín en que se pierde la huella de Don Juan, y acaso sea entonces cuando experimenta nuestro espíritu más deleite. Los detalles precisos y oportunos, los rasgos descriptivos, el lenguaje sobrio y justo, unas veces; exuberante en sabrosos zumos, otras, espabilan la sensibilidad del lector y lo emocionan suavemente. En estos instantes el Azorín que se hace visible a nosotros es el de «La ruta de Don Quijote» y el de «Antonio Azorín»: observador, oportuno, detallista.

Hay también en la obra de Azorín un capítulo —«Y una tentación celestial»— en el que «la llama de amor viva» resurge como en un chispazo. No escapamos a la tentación de transcribir las últimas líneas del capítulo:

«—Mire V.—ha dicho Don Gonzalo, señalando con el bastón la tracería de los arcos—; mire usted qué bella tracería.

Don Juan y Sor Natividad han mirado a lo alto. Con la cara hacia el cielo, luminosos los ojos, tenía Sor Natividad el gesto amoroso y sonriente de quien espera o va a ofrendar un ósculo.

—Hermosa—ha contestado Don Juan, contemplando la delicada tracería de piedra.

Y luego, lentamente, bajando la vista y posándola en los ojos de Sor Natividad:

—Verdaderamente... hermosa.

Dos rosas, tan rojas como las rosas del jardín, han surgido en la cara de Sor Natividad. Ha tosido nerviosamente y se ha inclinado sobre un rosal.»

Es un pasaje exquisito en que el alma de Don Juan sube a los labios y a los ojos.

Ahora bien; ¿es realmente apreciable esta nueva modalidad de la figura de Don Juan? Debemos estimarla en cuanto se refiere a la iniciativa de Azorín; pero hemos de reconocer que la iniciativa carece de valor intrínseco. La leyenda de Don Juan es espléndidamente hermosa, porque en ella concurren todas las virtudes de la mocedad: el valor, la picardía, el ingenio, la elegancia caballeresca, el amor, la acometividad. Prescindamos de estas cualidades que suelen florecer en los hombres en sus años mozos y la figura legendaria de Don Juan será una sombra, un recuerdo vago e impreciso, un perfume suave.

Si el famoso hidalgo manchego se hubiera prodigado en la literatura y a fuerza de constantes apariciones en los libros hubiérase presentado al público con nuevas modalidades, terminaría por defraudarnos. Un Don Quijote, se-

sudo, ecuánime, sin espíritu pendenciero, sin aquel alto concepto del honor que le llevó a tejer la quimera de su vida; un Quijote mesurado, sereno, sin huella de locura, que midiese sus palabras y actos con austera medida, sería además de falso y exento de valor ideológico, insoportable. Así como un *Divino Paraíso*, sin la lozanía de sus vergeles primorosos, sin la plácida corriente de sus ríos, sin el aroma de sus flores y la dulce sombra de sus árboles, ni nos conmovería, ni nos interesaría. Coloquemos a los primeros pobladores del mundo en un páramo: hagamos de Adán un hombre caduco y de Eva una vieja histérica, y el valor espiritual de estos dos personajes de la infancia del mundo, será difícil justipreciarlo. Por eso hemos creído siempre que no deben descentrarse los tipos que pasan a ser del libre dominio literario—Don Juan, Fausto, Fígaro, Lazarillo de Tormes—que si realmente tienen algún valor artístico en una época de su vida, debe respetarse ésta para evitar la depreciación que sufren.

Don Juan ha de ser joven, impetuoso, varonil, galanteador, pues ni la infancia de este tipo legendario, por muy precoz que fuere, ni la senectud, por muy rica de recuerdos que sea, han de interesar la curiosidad de los lectores.

* * *

Amor de caridad.—Novela por RICARDO LEÓN, de la Real Academia Española.—Tomo XII. (Editorial Gil Blas. Madrid, 1922).

El autor de la obra precedente ha sido muy discutido por la crítica. Hubo algún que otro plumífero que tachó de plagiarlo a Ricardo León. ¿Fué olvido o ignorancia? Nadie, medianamente versado en estos menesteres literarios, desconoce los hurtos de los clásicos—Eschylo a Frinicho; Virgilio a Homero; Góngora a Virgilio; fray Luis de León a Horacio, a Platón, a San Agustín y a San Buenaventura; Juan Martí a Mateo Alemán; Molière a Searron; Racine a Eurípides; Boileau a Juvenal;—y aún quedan en el tintero un buen número de merodeadores. Pero, además, la imputación de los críticos era absolutamente falsa. Ricardo León, excelente catador del clasicismo, hubo de asimilar la donosura, el donaire, la gracia del lenguaje clásico, y no pudo sustraerse a esta influencia, que al decir de Boileau debe ser la más estimada por los lectores; pero no incurrió nunca en torpezas reprobables, que una cosa es recoger la brisa impregnada de los frutos en sazón, y otra, saltar las empalizadas de los predios ajenos y coger el fruto...

Después de la guerra, completadas en cuatro volúmenes las impresiones de un viaje a través de los campos de batalla, abrió un paréntesis de descanso en su labor, y al cerrarlo ahora, aparece un nuevo libro: *Amor de caridad*, cuya lectura nos ha sugerido algunas observaciones.

Amor de caridad es una novela apologética. Su argumento no es nuevo: dos mujeres de distinta condición espiritual; una, escéptica, mundana, cosmopolita; otra, forjada en el yunque de la Fé de Cristo. El protagonista, un es-

erifor en cuyo temperamento se han ido borrando los caracteres propios, se encuentra situado entre las dos mujeres antípodas. La mundana, le ha sorbido el seso y concluye por embrujarlo; pero la otra mujer, que es su esposa, lo salva, llevándolo a través de su espíritu, que es como un torrente de luz.

Angeles, mujer de Eduardo Salazar, tiene un hijo, que es bautizado con el nombre de Juan de la Cruz. Angeles muere de resultas del alumbramiento, y Eduardo Salazar, que según sus propias palabras, ha sido un escritorzuelo «escéptico y abúlico», «discípulo de Nietzsche, comentador de Zarathustra, alabardero de Anatolio France»... borra su pasado estéril con estas palabras: «mi hijo no será un *fracasado*, un *abúlico*, un escritorzuelo pesimista, infecundo y presuntuoso; mi hijo, en fin, no será un *superhombre*, sino un hombre de veras, en toda la noble y cabal acepción de la palabra: un caballero, muy español y muy cristiano»...

La tesis de la obra no es nueva, porque desde que Ormuzd y Ahriman encarnaron la teoría del bien y del mal en la religión de los mazdeístas, las dos modalidades del espíritu—bondad y maldad—se vienen repitiendo en la vida; pero si la tesis no es nueva y no aporta, por consiguiente, al mundo de las ideas, un hecho original, tiene, por su forma apologética, un valor innegable: elevar el alma y librarla de las salpicaduras del escepticismo; salvarla de todas las lacras vergonzosas: la concupiscencia, el pesimismo, la presunción, la vanidad epicureista.

Y fué tan decidido el propósito del autor de colocar el alma de Eduardo Salazar sobre todos los valores negativos, que los personajes de la obra y algunas escenas de ella, se sacrifican en holocausto del motivo ideológico, hasta el extremo de aparecer borrosos e imprecisos.—HUGO RUTZ.

La autorización para exterminar a los seres humanos desprovistos de valor vital.—

Por LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA. (Madrid. Tip. de la Revista de Archivos, 1922).

A fines del año 1920, dos profesores alemanes, Carlos Binding y Alfredo Hoche, jurista y psiquiatra respectivamente, publicaron un folleto que mereció ser discutido ampliamente por la Sociedad psicológico-forense de Gotinga y la Sociedad médico-forense de Breslau y que ocupó durante algún tiempo las páginas de las principales revistas de Derecho Penal. Dicho folleto es una exposición de las razones que abonan la posibilidad legal de matar a los seres humanos cuya vida esté desprovista de valor y de fuerza vital.

Binding afirma que hay vidas humanas que han perdido la cualidad de bien jurídico por quedar desprovista de valor la continuación de su existencia, tanto para el mismo sujeto como para la sociedad. A tres grupos reduce estos seres humanos: los perdidos irremediabilmente a consecuencia de alguna enfermedad o herida, y que en plena consciencia de su estado demandan perentoriamente el fin de sus sufrimientos; los enfermos corporales o mentales, sin esperanzas de curación, que tienen fatalmente limitada su vida

por la enfermedad, pero a los que no amenaza en un breve plazo, la muerte esperada, y los seres espiritualmente sanos, que por un acontecimiento cualquiera, tal vez por una herida grave, han perdido el conocimiento y que cuando salgan de su inconsciencia caerán en el más miserable estado. En sentir de Binding, apoyado con la fuerte convicción del médico Hoche, la muerte dada a esas personas no debe estar prohibida. «Yo no encuentro—dice—ni desde el punto de vista religioso, social, jurídico o moral, argumentos que nieguen la autorización de destruir esos seres, remedo de verdaderos hombres, que provocan el disgusto en todos los que les ven. En las épocas de alta moralidad, es indudable que hubieran acabado con semejantes seres.»

El señor Jiménez de Asúa acaba de publicar en un folleto sus observaciones a la obra de los profesores alemanes. Después de una exposición clara y metódica de la doctrina de Binding y Hoche, el docto catedrático de la Universidad Central plantea el problema, desde el punto de vista jurídico-penal, en esta forma: ¿Es posible incluir en alguno de los grupos de causas justificantes, existentes ya, el hecho de aniquilar las existencias desprovistas de valor vital, o habría que crear una justificante o una excusante nueva?

Si el consentimiento de la parte lesionada no puede constituir una causa justificante, ni los actos de destrucción de los seres sin valor vital pueden estimarse ejecutados en la realización de un fin reconocido por el Estado, parece evidente, a juicio del penalista español, que si tal aniquilamiento ha de quedar impune, se precisa crear una nueva excusa absolutoria que hoy no existe.

La eximente de nueva creación podría fundarse en una valoración de los motivos del hecho: si el que dá muerte a un enfermo incurable que demanda el fin de sus padecimientos, lo hace con móviles altruistas, como la piedad por el acerbo sufrir, sería inútil imponerle pena, porque no constituye un caso de temibilidad. (1)

A pesar de ello, el señor Jiménez de Asúa, reconoce, no solo las peligrosas arbitrariedades que al amparo de la facultad de aniquilar las vidas inútiles pueden cometerse, sino la singular repugnancia que había de producir la organización, con todo el aparato de legalidad, del exterminio de las personas aquejadas de incurables males o de demencia irremediable.—J. SERRANO.

* * *

Iniciación en la lengua y literatura españolas, por MARÍA FELISA ROGERIO-SÁNCHEZ.
(Madrid, 1922).

La joven y culta profesora de la Escuela del Hogar y suplente de Literatura en el Real Conservatorio de Música y Declamación, ha sabido recoger con

(1) Claro es que este argumento no puede aceptarse sino considerando el estado *peligroso* como único fundamento de la pena.

fidelidad las explicaciones de su padre, el ilustre catedrático del Instituto de San Isidro, de Madrid, don José Rogerio Sánchez.

En las últimas páginas de este pequeño volúmen reproduce su autora la bibliografía que corrientemente manejan los alumnos del Instituto mencionado. Aunque este índice de ediciones no es tan completo como el que inserta Fitzmaurice-Kelly en su «Historia de la Literatura Española» (Madrid, 1913), nos contentaríamos todos con que lo utilizaran, siquiera en parte, no ya los escolares de Institutos y Escuelas Normales, sino los de nuestras Universidades,

Tiene la obra de la señorita María Felisa Rogerio-Sánchez una ventaja muy estimable: el lector que se inicie en las letras españolas en el Manual a que nos referimos, puede ampliar sus conocimientos, con sujeción al mismo plan, en trabajos de carácter crítico del padre de la autora, tales como los «Autores españoles e hispano-americanos» (1911), la «Historia general de la literatura» (segunda edición 1918) y la «Historia general de la literatura» (1919).

No sólo para los estudiantes, sino para todas las personas amantes de las glorias y de la cultura patrias, es utilísimo este libro de iniciación que ha editado la distinguida profesora de la Escuela del Hogar, digno de elogios por dos razones fundamentales: hallarse expuesta la materia de manera sintética y justa y ser necesarios en España estos Manuales de iniciación científica, que tanto abundan en otras naciones, como Francia e Italia...

* * *

Libro de versos, por RAMÓN DE SOLANO Y POLANCO, Correspondiente de la Real Academia Española.—(Madrid, 1922).

Es Ramón de Solano uno de los poetas más notables del siglo XX... Conociamos de este escritor su «Romancero de Cervantes» (1916), que obtuvo el primer premio en el concurso nacional organizado en el tercer centenario de la muerte del insigne novelista, y varias poesías inéditas, de las cuales elegimos una, titulada «Llora el amor», para insertarla en la «Antología» que hemos editado recientemente. Recordábamos, además, un juicio de Ricardo León: «Ramón de Solano, que enderezó su copioso ingenio por las anchas rutas del teatro y la novela, es también un poeta gentilísimo, de alma romántica y de castizo abolengo». (Prólogo al libro de poesías de Luis Barreda, «Valle del Norte». Madrid, 1911).

El «Romancero de Cervantes» de Ramón de Solano, es tan exquisito como las páginas que al autor del «Quijote» dedicaron Turgueneff, Paolo Savi y Navarro y Ledesma.

Con estos antecedentes no es preciso que digamos que la lectura del nuevo «Libro de versos» del distinguido abogado del Estado en Santander ha deleitado nuestro espíritu, fatigado de leer tanta prosa rimada por clérigos y seglares. «No piense nadie que el verso hace la poesía, ni la prosa a la historia», escribió hace tres siglos Francisco de Cascales, profesor de letras

humanas. Esta sentencia tan antigua, pero nunca mejor expresada, no puede aplicársele a Ramón de Solano, poeta de rara sensibilidad, que forja sus estrofas con el ritmo que palpita en la Creación y le envuelve con el verbo castizo, elegante y cristalino; dotes y cualidades apreciadas por la Real Academia Española al nombrarle su Correspondiente en la vacante que por fallecimiento de otro inspirado poeta montañés, Enrique Menéndez y Pelayo, produjérase antaño.

La primera nota poética se halla en el prólogo—tres quintillas—de este «Libro de versos». El poeta, que ya vá «vida abajo», instituye heredera de su hacienda a una pobre niña querida:

«¡Te lego la florida
Isla del sentimiento!».

Y al mismo tiempo presente la burlona acogida que los mozos han de hacer a su «Libro de versos». Contento, les perdona. No está mal este acto de humildad en quien se cree próximo al «trance fiero»; pero aquel temor es infundado, porque la poesía legítima gustará siempre, y si hoy la desdeñan tantos «istas» es para justificar su impotencia y falta de sentido común disfrazados con absurdas combinaciones métricas.

No disponemos de espacio para hacer un detenido análisis de la obra de Ramón de Solano. Su autor la divide en dos partes: una que titula «Vida abajo», en la cual triunfa la idea de la Muerte, y otra que constituyen los «Versos de antaño y hogaño». El amor, la patria, la Montaña y sus hijos, inspiran al poeta composiciones bellísimas: «La princesita del cuento», «El alma montañesa», «En la casa de Pereda», «En la estancia sombría», la «Epístola al egregio espíritu de Menéndez y Pelayo» clásica y preciosa, en verso libre; «Costas y montes», etc. La estructura métrica del «Libro de versos» es impecable; pero los sonetos de Ramón de Solano superan a todas sus composiciones.

Escritor pulcro, Ramón de Solano es el poeta preferido de las damas. Su novela «La tonta», premiada por la Biblioteca «Patria», fué editada por sexta vez el año anterior.

El mismo éxito le espera seguramente a su nuevo «Libro de versos».—
R. S. DE LA G.



Crónica general

España se ha decidido por fin a adherirse oficialmente al Sindicato de reconstrucción de Europa. Algo ha tardado, pero más vale tarde que nunca. Nuestros gobiernos han mostrado siempre un gran despego por la convivencia internacional, y, muchas veces, cuando realizan un acto de este carácter, obedecen, como ha ocurrido en el caso presente, a iniciativas y requerimientos particulares.

* * *

Han sido designados para representar a España en la Conferencia Internacional del Desarme, que se celebrará en Ginebra muy pronto, el exministro señor Alcalá Zamora y el almirante señor Magar.

* * *

Recientemente ha fallecido el ilustre hombre de ciencia Ernesto Solvay. Había nacido en 1838 en Rubecq-Rognon, (Brabante), dedicando sus actividades a la química industrial. Su descubrimiento más notable y de más transcendencia fué el de la obtención, en condiciones económicas extraordinarias, del carbonato sódico. Este descubrimiento lo realizó cuando tenía 29 años, y le produjo enormes beneficios, que unidos a los que le proporcionaron algunas grandes empresas industriales en las que intervino, hicieron que reuniera una considerable fortuna, que fué dedicada, en gran parte, a obras culturales y filantrópicas.

* * *

El día 19 de Junio fué el día de máxima proximidad del planeta Marte a la Tierra. Los grandes Observatorios se han preparado para recibirlo dignamente y poder contemplarlo en las condiciones más favo-

rables posibles. Algunos sabios astrónomos se han trasladado a los puntos donde la oposición del planeta permita estudiarlo mejor.

¿Descubriremos algo extraordinario que nos haga convencernos de una vez de la existencia de seres vivos en aquel mundo?

Dada la gran analogía de las condiciones físicas de ambos planetas, tenemos la esperanza de que algún día se nos confirme de una manera rotunda esa gran sospecha que, no por menos esperada, habrá de causar menor sensación.

Gran entusiasmo y muy legítimo ha sido el que ha despertado la hazaña de los aviadores portugueses Sacadura Cabral y Gago Coutinho, lo mismo en el país vecino que en el Brasil.

Con motivo de la travesía aérea Lisboa-Río Janeiro, se ha recordado el admirable genio del pueblo portugués en la Historia, tan expansivo, aventurero, y explorador. Aquel espíritu que hizo grande a tantos hombres navegando por mares remotos, descubriendo y conquistando para su patria hermosas tierras y fabulosas riquezas, parece que no ha muerto. No han sido bastante a matarlo tantas revueltas y luchas políticas como abundan en la vecina república, siempre avivadas y sostenidas por hombres de ambiciones mezquinas.

¡Ojalá que la ilustre proeza de Sacadura Cabral y Gago Coutinho haya levantado al buen pueblo portugués de su triste estado y en digna emulación salgan otros héroes dispuestos a llevar en sus pechos aquellas generosas ambiciones que dieron tan perenne gloria a los dos pueblos ibéricos!

En la Exposición nacional de Bellas Artes, ha obtenido la Medalla de Honor el gran pintor Chicharro, por su hermoso cuadro *Las tentaciones de Buda*. Estaba tan legítimamente ganada, sobresalía esta obra tanto de todas las demás que figuraban en la Exposición, que, puede decirse, que desde el primer momento le fué adjudicada tan honrosa recompensa.

Ahora se decía—aunque posteriormente ha habido noticias que lo desmienten—que Chicharro iba a ser nombrado director del Museo del Prado. Sería un acierto grande llevarlo a ese importantísimo cargo, ya

que se trata, por su nivel cultural, por su preparación exquisita, por su orientación moderna, de un hombre magníficamente capacitado para desempeñar aquél brillantemente.

* * *

El viaje del rey a Barcelona ha sido un verdadero éxito. Se le aclamó entusiásticamente por todas partes. La importancia del viaje culminó en el banquete del restaurant de Las Planas. Allí pronunció un valiente discurso, que, a pesar de ser unánimemente elogiado por la opinión española, no ha surtido el efecto que era de desear.

Peor para esos elementos que, sordos a regios requerimientos, se empeñan en ser cada día más impopulares; en ir, a pesar de todas sus protestas de patriotismo, contra los principios que son la base más firme de todas las instituciones armadas y de la monarquía: la disciplina y el orden, el sacrificio y la ciega obediencia.

* * *

En Granada se ha celebrado con gran brillantez la fiesta del *cante jondo*. Por un tablado preparado al efecto, han desfilado tocadores de guitarra, cantadores y bailadores en gran número. Zuloaga, el ilustre pintor, uno de los iniciadores del festejo, ha dicho entusiasmado al oír esas coplas tan entrañablemente naturales y, sin embargo, tan llenas de misteriosa armonía:

—Esto es precisamente lo que yo siempre he pretendido con mi arte: pintar hondo.

Tiene mucha razón el gran Zuloaga. Así como esa guitarra y esas coplas son la expresión más íntima y más sincera del alma andaluza, sus numerosas obras maestras no son otra cosa que el espíritu recogido y sintetizado de lo más castizo del pueblo español.

* * *

Hemos leído en el periódico madrileño *El Sol*, que lo toma a su vez de *La Libertad*, cosas verdaderamente edificantes. Resulta que hay un aumento en el presupuesto del Estado de más de 470 millones, y que de estos millones no corresponde ni un céntimo a enseñanza.

*Se dedican este año 1.230.000 pesetas a construcción de edificios

escolares; parece algo, pero si se tiene en cuenta que necesitamos 24.000 edificios más, cuyo importe es de 288 millones de pesetas, resultará que, consignando cada año 1.230.000 pesetas, tardaremos unos 230 años en levantar todas las escuelas precisas. Es decir, que para el 2152 tendríamos los edificios escolares que hacen falta en 1922.

Todavía hay algo más. En 1857 había 20.768 escuelas para una población de quince millones, o sea, una por cada 740 habitantes, y actualmente hay una por cada 860 habitantes.

Algo análogo ocurre con los maestros. Parece que va disminuyendo su número, cosa naturalísima si se tiene presente el continuo mejoramiento de los cuerpos especiales del Estado en los que, con una oposición más o menos severa, sin títulos de ninguna clase, se cuenta con un bienestar y un porvenir magníficos, mientras que para dedicarse al Magisterio se necesita cursar estudios preliminares, más o menos largos y costosos, para, después de terminarlos, carecer de garantías suficientes para el futuro, que se presenta obscuro e incierto.

* * *

La nota más saliente del mes en Cáceres y la provincia, lo es, indudablemente, el viaje del rey a las Hurdes. De este viaje, que a la hora de escribir estas líneas, se está verificando, se ocupa también con gran extensión la prensa de Madrid.

Felicitémonos los extremeños de esta tan extraordinaria visita a aquellas ingratas tierras y esperemos que este acontecimiento se traduzca en beneficios para aquella desgraciada región, confiando también en que con motivo del viaje regio se dedicará una mayor atención a esos problemas tan capitales de Extremadura, como los de la langosta, las comunicaciones, el paludismo y tantos otros.

Solo pedimos para ello un poco de actividad en nuestros representantes en Cortes y fuerzas vivas. También pedimos otro poco de tenacidad, porque la justicia, cuando no se hace de *motu proprio* o cuando se pide y no se dá, es necesario volverla a pedir, insistir más todavía, y llegar incluso a poner el grito donde sea preciso. En cuanto a los Gobiernos, —reunión de personajes que aquí no conocemos más que por esos modestos delegados que se titulan de tan diversas maneras, casi siempre recaudadores de contribuciones, agentes del Fisco, o por las molestias que tenemos en nuestros más sencillos asuntos a causa de las eternas trabas administrativas, o por los impuestos indirectos —, en cuanto a los Gobier-

nos, solo les pedimos para Extremadura un poco de buena voluntad. ¡Bien poco es! Sobre todo, si se compara con lo que *exigen* otras regiones más afortunadas.

En Plasencia se han celebrado con gran brillantez los Juegos Florales anunciados. Fué reina de la fiesta la encantadora señorita Juana Rosado y Alvarez de Sotomayor, y actuó de mantenedor el gran periodista don José Ortega Munilla, obteniendo la flor natural por su hermosa poesía *El espectro*, don Vicente Neria Serrano, hijo de aquella ciudad y en la actualidad maestro nacional de Alcolea del Río (Sevilla).

Tanto al poeta premiado como a los organizadores de la fiesta, felicitamos cordialmente por el éxito obtenido.

J. de H.



SASTRERIA
Rosendo Caso

Si quereis vestir con gusto,
que os vista Rosendo Caso,
pues *ha soltao cada terno*
en estos últimos años,
que todo aquel que los vió
quedó mudo y asombrado
de la elegancia del corte,
de la hermosura del paño,
de la bonita caída
y de su precio barato.

PANERAS, N.º 5

Simón Bohigas Rodas

ABOGADO

y

AGENTE DE NEGOCIOS

AVENIDA DE ARMIÑÁN

TELÉFONO 159

CÁCERES

RELOJERÍA = BISUTERÍA = ÓPTICA
GRAMÓFONOS

"EL CRONÓMETRO"

Jorge Capdevielle (Hijo)

San Pedro, 12 y 14. — Teléfono 20

(Frente al Banco de España)

CÁCERES

Exclusiva en esta provincia para la ven-
ta de máquinas parlantes y discos Odeón.

Diego Domínguez

MERCERIA Y

PAQUETERIA

PLAZA MAYOR, NUM. 13

CÁCERES

JOYERÍA Y PLATERÍA
DE

Luis Jiménez Módenes

SAN PEDRO, 11.—CACERES

ESPECIALIDAD EN OBJETOS PARA REGALOS

ESTA CASA COMPRA A ALTOS PRECIOS
ORO, PLATA Y PIEDRAS PRECIOSAS

GARAJE NOGALES

AUTOMOVILES
DE ALQUILER

SAN PEDRO, NUMERO 2

CÁCERES

Buenaventura Vivas

MARMOLISTA

Se construyen Sarcófagos, Lápidas,
Chimeneas francesas y Tapas para mue-
bles. Especialidad en lápidas de bajo re-
lieve y litografía.

Moret, 8.—CACERES

Píldoras **SOCRAM**

el mejor específico contra las fiebres, sean diarias, tercianas, cuartanas, etc.

SELLOS SOCRAM

calman instantáneamente los dolores de cabeza, muelas, oídos y reumáticos

FARMACIA Y DROGUERÍA

DE

P. ALONSO ESCRIBANO

Plaza Mayor, 16 y 18.-Teléfono 310

El 95 FERRETERIA Y COLONIALES

Plaza de San Juan, 20

MELENDEZ

en esta casa encontrará el público infinidad de artículos a

NOVENTA Y CINCO CÉNTIMOS

Tomás Pulido y Pulido

PROCURADOR DE

LOS TRIBUNALES

Parras, 40 = Teléfono 272

CÁCERES

La Lonja

Comestibles finos: Amontillado María Teresa. Vinos finos González Byas, Dora y vino moscatel Matilde. Chocolates, jamones, salchichón, lomo y conservas de pescado.

Alfonso XIII, 2 - CÁCERES - Teléfono 161

Ramón Santillana

CURTIDOS Y ZAPATERIA

CALZADO DE LUJO, HECHO Y A LA MEDIDA

CORTES APARADOS

Alfonso XIII, 30

Cáceres

Teléfono n.º 246

LA EQUITATIVA

(FUNDACION ROSILLO)

Sociedad Mercantil de Seguros sobre la vida

A PRIMA FIJA Y BAJO UN REGIMEN MIXTO

DOMICILIO: MONTALBAN, 22 (Esquina a Alfonso XII).—MADRID

= Agente Provincial

D. Conrado Calvo Borreguero

Sancti-Spiritus, 3

CÁCERES

Teléfono núm. 139

BANCO HISPANO AMERICANO

CAPITAL

100 millones de pesetas

SUCURSAL EN CACERES

- Cuentas corrientes con interés.
- Compra y venta de valores.
- Custodia gratuita de valores y cuentas de crédito con garantía de los mismos.
- Créditos personales sobre una sola firma.
- Negociación de cupones.
- Créditos sobre mercancías.
- Giros y cartas de créditos sobre España y demás países.
- Compra y venta de escudos portugueses y toda clase de monedas extranjeras y cuentas corrientes con interés, de dichas monedas.
- Cobro y descuentos de letras.

San Pedro, núms. 4 y 6

Apartado de Correos, núm. 30

PLAZAS DONDE TIENE SUCURSALES

Central: Madrid.

Albacete, Alcoy, Alicante, Antequera, Badajoz, Barcelona, Bilbao, Cabra, Cádiz, Calatayud, Cartagena, Córdoba, Coruña, Ejea de los Caballeros, Figueras, Granada, Huelva, Huesca, Jaén, Játiba, Jerez de la Frontera, La Palma, Linares, Logroño, Málaga, Mérida, Murcia, Olot, Palma de Mallorca, Pamplona, Ronda, Salamanca, Santa Cruz de Tenerife, Sevilla, Soria, Tarrasa, Tudela, Valdepeñas, Valencia, Valladolid, Vigo, Villafranca del Panadés y Zaragoza.

PRÓXIMAS A INAUGURARSE

Almería, Gerona, Lérida, Santander, Zamora y otras más.



Compañía
de Seguros
Reunidos

Domiciliada en Madrid

Palacio de su propiedad

CALLE ALCALÁ

Núm. 43



LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

SEGUROS SOBRE LA VIDA

58 años de existencia

Subdirector en Extremadura

Don Claudio González Alvarez

Oficinas: Donoso Cortés, 23 (antes Grajas) CÁCERES

Teléfono núm. 256

Agencias en todas las poblaciones de importancia

Prospecto autorizado por la Comisaría General de Seguros, con fecha 27 de Marzo de 1922

RELOJERIA

LUIS ALVAREZ MELERO

Gran taller de composturas, a precios económicos y con garantía verdad.

Relojes de todas clases y precios; más baratos que en ningún sitio.

Se componen gramófonos, contadores, máquinas de escribir y todo lo concerniente a la mecánica fina.

Moret, 18 (antes Cortes)

CÁCERES

GRANDES NOVEDADES

en Sedería, Lanería, Pañería y toda clase de Tejidos de Hilo y Algodón. Extenso surtido en Paquetería y Géneros de punto

Serrano y Agúndez

Plaza Mayor, 9.—Teléfono 528

CÁCERES

Hotel Europa

Magnífico mobiliario. Timbre y luz eléctrica en todas las habitaciones. Cuarto de baño.

Propietario: ANTONIO JURADO

Salón de lectura y visita. Selecta cocina. Confort absoluto

COCHE A TODOS LOS TRENES

Plaza Mayor y Ezponda, 2.—Teléfono 101

CÁCERES

MEJÍAS

AUTOMÓVILES DE ALQUILER

CÁCERES

José Carrasco

Vidriero-Fontanero

SAN JUAN, 31

TELÉFONO 353

≡ CÁCERES ≡

TALLER DE CARPINTERIA
DE

Hijo de Victoriano García

Este antiguo y acreditado taller se ha trasladado de la calle del Postigo a la calleja del Matadero, donde podrán encargarse todos los trabajos relativos al ramo.

PRONTITUD, ESMERO Y ECONOMIA
CÁCERES

Reservado para

Manuel Nieto

MARMOLISTA

CACERES

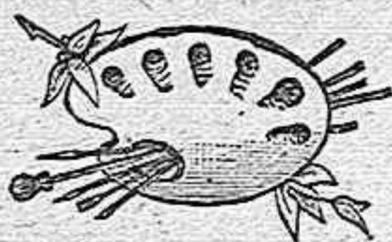
EL SANATORIO

Esta casa es la que vende más barato toda clase de vinos de marca, como son AGUSTIN BLAZQUEZ, MANZANILLA «LA GITANA», ARGUESO Y FINO GADITANO.

Aperitivos y cerveza de la renombrada marca El Aguila

TRAVESIA DE SAN JUAN.—CÁCERES

Antonio López



PINTOR-DECORADOR

PARRAS, 31

CACERES

“La Columna,”

PLAZA MAYOR, 47

Gran surtido en Camisas, Cuellos, Paraguas, Sombrillas, Quitasoles, Abanicos y todo lo relativo a juguetería, artículos de viaje, Perfumería y Confecciones. Su nuevo dueño

Victoriano García Rojo
ofrece GRAN REBAJA DE PRECIOS.

TELEFONO 117

Múgica, Arellano y Comp.^a

INGENIEROS.—(PAMPLONA)

La casa más importante en España de Maquinaria Agrícola, Cosechadoras, Segadoras, Guadañadoras y Tractores DEERING, Trilladoras, Locomóviles y Calderas de vapor RUSTON.

EXPOSICIÓN Y ALMACENES: CANALEJAS, 46

TELÉFONO NÚM. 364

CACERES

Casa Peña

Primera casa
en Calzados

Lea V.

HISPANIA

Revista de Artes
Ciencias y Letras

HISPANIA

REVISTA MENSUAL

ARTES — CIENCIAS — LETRAS

TARIFA DE ANUNCIOS

Un octavo de plana, 5 pesetas trimestre.

Un cuarto > > 6 > >

Media > > 12 > >

Una > > 24 > >

Cubierta, precios convencionales.

DISPONIBLE

ESTABLECIMIENTOS RECOMENDADOS



CÁCERES

ELEGANTE SALÓN DEL CAFÉ SANTA CATALINA

Labradores...

Abonad vuestros terrenos con Superfosfatos

de la

Unión Española
de Abonos

Dirigirse a

Don Elpidio Solís Borrella

General Ezponda, 5

Teléfonos 211 y 369

CACERES